

**Edouard Schure**

**LOS GRANDES INICIADOS II  
HERMES Y MOISÉS**



**Digitalización y Arreglos  
BIBLIOTECA UPASIKA  
“Colección Esoterismo II”**

## ÍNDICE

### **Libro III: HERMES (Los Misterios de Egipto)**

- I. La Esfinge, *página 4.*
- II. Hermes, *página 8.*
- III. Isis - La Iniciación - Las Pruebas, *página 13.*
- IV. Osiris. La Muerte y la Resurrección, *página 21.*
- V. La Visión de Hermes, *página 26.*

### **Libro IV: MOISÉS (La Misión de Israel)**

- I. La Tradición Monoteísta y los Patriarcas del Desierto, *página 35.*
- II. Iniciación de Moisés en Egipto. Su Huida a Casa de Jetro, *página 42.*
- III. El Sepher Bereshit, *página 49.*
- IV. La Visión del Sinaí, *página 62.*
- V. El Éxodo - El Desierto - Magia y Teurgia, *página 65.*
- VI. La Muerte de Moisés, *página 75.*

# **LIBRO III**

## **HERMES**

### **LOS MISTERIOS DE EGIPTO**

¡Oh, alma ciega!, ármate con la antorcha de los Misterios, y en la noche terrestre descubrirás tu Doble luminoso, tu alma celeste. Sigue a ese divino guía, y que él sea tu Genio. Porque él tiene la clave de tus existencias pasadas y futuras.

**Llamada a los iniciados,  
(del Libro de los Muertos).**

Escuchad en vosotros mismos y mirad en el Infinito del Espacio y del Tiempo. Allí se oye el canto de los Astros, la voz de los Números, la armonía de las Esferas.

Cada sol es un pensamiento de Dios y cada planeta un modo de este pensamiento. Para conocer el pensamiento divino, ¡Oh, almas!, es para lo que bajáis y subís penosamente el camino de los siete planetas y de sus siete cielos.

¿Qué hacen los astros?. ¿Qué dicen los números?. ¿Qué ruedan las Esferas? ¡Oh, almas perdidas o salvadas!: ¡ellos dicen, ellos cantan, ellas ruedan, vuestros destinos!.

**Fragmento (de Hermes).**

## I LA ESFINGE

Frente a Babilonia, metrópoli tenebrosa del despotismo, Egipto fue en el mundo antiguo una verdadera ciudadela de la ciencia sagrada, una escuela para sus más ilustres profetas, un refugio y un laboratorio de las más nobles tradiciones de la Humanidad. Gracias a excavaciones inmensas, a trabajos admirables, el pueblo egipcio nos es hoy mejor conocido que ninguna de las civilizaciones que precedieron a la griega, porque nos vuelve a abrir su historia, escrita sobre páginas de piedra. (*Champollion, L’Egypte sous les Pharaons; Bunsen, Aegyptiscfae Alterthümer; Lepsius, Denlunaeler; Paul Pierret, Le livre des Morts; Francois Lenormant, Histoire des Peuples de l’Orient; Máspero, Histoire andenne des Peuples de l’Orient, etc.*). Se desentieran sus monumentos, se descifran sus jeroglíficos, y sin embargo, nos falta aún penetrar en el más profundo arcano de su pensamiento. Ese arcano es la doctrina oculta de sus sacerdotes. Aquella doctrina, científicamente cultivada en los templos, prudentemente velada bajo los misterios, nos muestra al mismo tiempo el alma de Egipto, el secreto de su política, y su capital papel en la historia universal.

Nuestros historiadores hablan de los faraones en el mismo tono que de los déspotas de Nínive y de Babilonia. Para ellos, Egipto es una monarquía absoluta y conquistadora como Asiria, y no difiere de ésta más que porque aquélla duró algunos miles de años más. ¿Sospechan ellos que en Asiria la monarquía aplastó al sacerdocio para hacer de él un instrumento, mientras que en Egipto el sacerdocio disciplinó a los reyes, no abdicó jamás ni aun en las peores épocas, arrojando del trono a los déspotas, gobernando siempre a la nación; y eso por una superioridad intelectual, por una sabiduría profunda y oculta, que ninguna corporación educadora ha igualado jamás en ningún país ni tiempo?. Cuesta trabajo creerlo. Porque, bien lejos de deducir las innumerables consecuencias de ese hecho esencial, nuestros historiadores lo han entrevisto apenas, y parecen no concederle ninguna importancia. Sin embargo, no es preciso ser arqueólogo o lingüista para comprender que el odio implacable entre Asiria y Egipto procede que los dos pueblos representaban en el mundo dos principios opuestos, y que el pueblo egipcio debió su larga duración a una armazón religiosa y

científica más fuerte que todas las revoluciones.

Desde la época aria, a través del período turbulento que siguió a los tiempos védicos hasta la conquista persa y la época alejandrina, es decir, durante un lapso de más de cinco mil años, Egipto fue la fortaleza de las puras y altas doctrinas cuyo conjunto constituye la ciencia de los principios y que pudiera llamarse la ortodoxia esotérica de la antigüedad. Cincuenta dinastías pudieron sucederse y el Nilo arrastrar sus aluviones sobre ciudades enteras; la invasión fenicia pudo inundar el país y ser de él expulsada: en medio de los flujos y reflujos de la historia, bajo la aparente idolatría de su politeísmo exterior, el Egipto guardó el viejo fondo de su teogonía oculta y su organización sacerdotal. Ésta resistió a los siglos, como la pirámide de Gizeh medio enterrada entre la arena, pero intacta. Gracias a esa inmovilidad de esfinge que guarda su secreto, a esa resistencia de granito, el Egipto llegó a ser el eje alrededor del cual evolucionó el pensamiento religioso de la Humanidad al pasar de Asia a Europa. La Judea, la Grecia, la Etruria, son otras tantas almas de vida que formaron civilizaciones diversas. Pero, ¿De dónde extrajeron sus ideas madres, sino de la reserva orgánica del viejo Egipto?. Moisés y Orfeo crearon dos religiones opuestas y prodigiosas: la una por su austero monoteísmo, la otra por su politeísmo deslumbrador. Pero, ¿Dónde se moldeó su genio?. ¿Dónde encontró el uno la fuerza, la energía, la audacia de refundir un pueblo salvaje como se refunde el bronce en un horno, y dónde encontró el otro la magia de hacer hablar a los dioses como una lira armonizada con el alma de sus bárbaros embelesados?. — En los templos de Osiris, en la antigua Thebas, que los iniciados llamaban la ciudad del Sol o el Arca solar, porque contenía la síntesis de la ciencia divina y todos los secretos de la iniciación.

Todos los años, en el solsticio de verano, cuando caen las lluvias torrenciales en la Abisinia, el Nilo cambia de color y toma ese matiz de sangre de que habla la Biblia. El río crece hasta el equinoccio de otoño, y sepulta bajo sus ondas el horizonte de sus orillas. Pero, en pie sobre sus mesetas graníticas, bajo el sol que ciega, los templos tallados en plena roca, las necrópolis, las portadas, las pirámides, reflejan la majestad de sus ruinas en el Nilo convertido en mar. Así, el sacerdote egipcio atravesó los siglos con su organización y sus símbolos, arcanos impenetrables de su ciencia, en aquellas criptas y en aquellas pirámides se elaboró la admirable doctrina del Verbo Luz, de la Palabra Universal, que Moisés encerrará en su arca de oro, y cuya antorcha viva será Cristo.

La verdad es inmutable en sí misma, y sólo ella sobrevive a todo; pero

cambia de moradas como de formas y sus revelaciones son intermitentes. “La Luz de Osiris”, que en la antigüedad iluminaba para los iniciados las profundidades de la naturaleza y las bóvedas celestes, se ha extinguido para siempre en las criptas abandonadas. Se ha realizado la palabra de Hermes a Asklepios: “¡Oh Egipto, Egipto!, sólo quedarán de ti fábulas increíbles para las generaciones futuras, y nada durará de ti más que palabras grabadas en piedras”.

Sin embargo, un rayo de aquel misterioso sol de los santuarios es lo que quisiéramos hacer revivir siguiendo la vía secreta de la antigua iniciación egipcia, en cuanto lo permite la intuición esotérica y la refracción de las edades.

Pero antes de entrar en el templo, lancemos una ojeada sobre las grandes fases que atravesó el Egipto antes del tiempo de los Hicsos.

Casi tan vieja como la armazón de nuestros continentes, la primera civilización egipcia se remonta a la antiquísima raza roja. *(En una inscripción de la cuarta dinastía, se habla de la esfinge como de un monumento cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos, y que había sido encontrado fortuitamente en el reinado de aquel príncipe, enterrado bajo la arena del desierto, donde estaba olvidado después de muchas generaciones. Véase Pr. Lenorman, Histoire d’Orient, II, 55. Y la cuarta dinastía nos lleva a unos 4000 años antes de J. C. Júzguese por ese dato cuál será la antigüedad de la Esfinge).*

La esfinge colossal de Gizeh, situada junto a la gran pirámide, es obra suya. En tiempos en que el Delta (formado más tarde por los aluviones del Nilo) no existía aún, el animal monstruoso y simbólico estaba ya tendido sobre su colina de granito, ante la cadena de los montes líbicos, y miraba el mar romperse a sus pies, allí donde se extiende hoy la arena del desierto. La esfinge, esa primera creación del Egipto, se ha convertido en su símbolo principal, su marca distintiva. El más antiguo sacerdocio humano la esculpió, imagen de la Naturaleza tranquila y terrible en su misterio. Una cabeza de hombre sale de un cuerpo de toro con garras de león, y repliega sus alas de águila a los costados. Es la Isis terrestre, la Naturaleza en la unidad viviente de sus reinos. Porque ya aquellos sacerdotes inmemoriales sabían y señalaban que en la gran evolución, la naturaleza humana emerge de la naturaleza animal. En ese compuesto del toro, del león, del águila y del hombre están también encerrados los cuatro animales, de la visión de Ezequiel, representando cuatro elementos constitutivos del microcosmos y del macrocosmos: el agua, la tierra, el aire y el fuego, base de la ciencia oculta.

*Edouard Schure – Los Grandes Iniciados II – Hermes y Moisés*

---

Por esta razón, cuando los iniciados vean el animal sagrado tendido en el pórtico de los templos o en el fondo de las criptas, sentirán vivir aquel misterio en sí mismos y replegarán en silencio las alas de su espíritu sobre la verdad interna. Porque antes de Aedipo, sabrán que la clave del enigma de la esfinge es el hombre, el microcosmos, el agente divino, que reúne en sí todos los elementos y todas las fuerzas de la naturaleza.

La raza roja no ha dejado otro testigo que la esfinge de Gizeh; prueba irrecusable de que había formulado y resuelto a su manera el gran problema.

## II HERMES

La raza negra que sucedió a la raza roja austral en la dominación del mundo, hizo del alto Egipto su principal santuario. El nombre de Hermes Toth, ese misterioso y primer iniciador del Egipto en las doctrinas sagradas, se relaciona sin duda con una primera y pacífica mezcla de la raza blanca y de la raza negra en las regiones de la Etiopía y del alto Egipto, largo tiempo antes de la época aria. Hermes es un nombre genérico como Manú y Buddha pues designa a la vez a un hombre, a una casta y a un Dios. Como hombre, Hermes es el primero, el gran iniciador del Egipto; como casta, es el sacerdocio depositario de las tradiciones ocultas; como Dios, es el planeta Mercurio, asimilado con su esfera a una categoría de espíritus, de iniciadores divinos; en una palabra: Hermes preside a la región supraterránea de la iniciación celeste. En la economía espiritual del mundo, todas esas cosas están ligadas por secretas afinidades como por un hilo invisible. El nombre de Hermes es un talismán que las resume, un sonido mágico que las evoca. De ahí su prestigio. Los griegos, discípulos de los egipcios, le llamaron Hermes Trismegisto o tres veces grande, porque era considerado como rey, legislador y sacerdote. Él caracteriza a una época en que el sacerdocio, la magistratura y la monarquía se encontraban reunidos en un solo cuerpo gobernante. La cronología egipcia de Manetón llama a esa época el reino de los dioses. No había entonces ni papiros ni escritura fonética, pero la ideografía existía ya: la ciencia del sacerdocio estaba inscrita en jeroglíficos sobre las columnas y los muros de las criptas. Considerablemente aumentada, pasó más tarde a las bibliotecas de los templos. Los egipcios atribuían a Hermes cuarenta y dos libros sobre la ciencia oculta. El libro griego conocido por el nombre de *Hermes Trismegisto* encierra ciertamente restos alterados, pero infinitamente preciosos, de la antigua teogonía, que es como el fiat lux de donde Moisés y Orfeo recibieron sus primeros rayos. La doctrina del Fuego Principio y del Verbo Luz, encerrada en la *Visión de Hermes*, será como la cúspide y el centro de la iniciación egipcia.

Trataremos ahora de encontrar esta visión de los maestros, en rosa mística que se abre en la noche del santuario y en el arcano de las grandes

---

religiones. Ciertas palabras de Hermes, impregnadas de sabiduría antigua, son propias para prepararnos a ello. “Ninguno de nuestros pensamientos — dice a su discípulo Asklepios — puede concebir a Dios, ni lengua alguna puede definirle. Lo que es incorpóreo, invisible, sin forma, no puede ser percibido por nuestros sentidos; lo que es eterno, no puede ser medido por la corta regla del tiempo: Dios es, pues, inefable. Dios puede, es verdad, comunicar a algunos elegidos la facultad de elevarse sobre las cosas naturales para percibir alguna radiación de su perfección suprema; pero esos elegidos no encuentran palabra para traducir en lenguaje vulgar la Visión inmaterial que les ha hecho estremecer. Ellos pueden explicar a la humanidad las causas secundarias de las creaciones que pasan bajo sus ojos como imágenes de la vida universal, pero la causa primera queda velada y no llegaríamos a comprenderla más que atravesando la muerte”. Así hablaba Hermes del Dios desconocido, en el pórtico de las criptas. Los discípulos que penetraban con él en sus profundidades, aprendían a conocerle como ser viviente. *(La teología sabia, esotérica — dice M. Maspéro — es monoteísta desde los tiempos del antiguo Imperio. La afirmación de la unidad fundamental del ser divino, se lee expresada en términos formales y de una gran energía en los textos que se remontan a aquella época. Dios es el Uno único, el que existe por esencia, el solo que vive en substancia, el solo generador en el cielo y en la tierra que no haya sido engendrado. A la vez Padre, Madre e Hijo, él engendra, concibe y es perpetuamente; y esas tres personas, lejos de dividir la unidad de la naturaleza divina, concurren a su infinita perfección. Sus atributos son: la inmensidad, la eternidad, la independencia, la voluntad todopoderosa, la bondad sin límites. “Él crea sus propios miembros que son los dioses”, dicen los viejos textos. Cada uno de esos dioses secundarios, considerados como idénticos al Dios Uno, puede formar un tipo nuevo de donde emanan a su vez, y por el mismo procedimiento, otros tipos inferiores. — Histoire andenne des penpla de l’Orient).*

El libro habla de su muerte como de la partida de un dios. “Hermes vio el conjunto de las cosas, y habiendo visto, comprendió, y habiendo comprendido, tenía el poder de manifestar y de revelar. Lo que pensó lo escribió; lo que escribió lo ocultó en gran parte, callándose con prudencia y hablando a la vez, a fin de que toda la duración del mundo por venir buscara esas cosas. Y así, habiendo ordenado a los dioses sus hermanos que le sirvieran de cortejo, subió a las estrellas”.

Se puede, en rigor, aislar la historia política de los pueblos, mas no

así su historia religiosa. Las religiones de la Asiria, Egipto, Judea y Grecia no se comprenden más que cuando se vislumbra su punto de unión con la antigua religión indoaria. Tomadas aparte, son otros tantos enigmas y charadas; vistas en conjunto y desde arriba, con una soberbia evolución donde se domina y se explica recíprocamente. En una palabra, la historia de una religión será siempre estrecha, supersticiosa y falsa; sólo hay verdad en la historia religiosa de la humanidad. Desde tal altura no se sienten más que las corrientes que dan la vuelta al globo. El pueblo egipcio, el más independiente y el más cerrado de todos a las influencias exteriores, no pudo substraerse a esta ley universal. Cinco mil años antes de nuestra era, la luz de Rama, encendida en el Irán, irradió sobre el Egipto y vino a ser la ley de Ammón-Rá, el dios solar de Thebas. Esa constitución le permitió desafiar tantas revoluciones. Menes fue el primer rey de justicia, el primer faraón ejecutor de aquella ley. Él se guardó bien de arrebatarse al Egipto su antigua teología, que era la suya también, y no hizo más que confirmarla y ensancharla, añadiéndole una organización social nueva: el sacerdocio, es decir, la enseñanza, en un primer consejo; la justicia en otro; el gobierno en los dos; la monarquía concebida como delegada y sometida a su fiscalización; la independencia relativa de los nomos o municipalidades, como base de la sociedad. Es lo que podemos llamar el gobierno de los iniciados. Tenía por clave de bóveda una síntesis de las ciencias conocidas bajo el nombre de Osiris (O-Sir-Is), el señor intelectual. La gran pirámide es un símbolo y su gnomon matemático. El faraón que recibía su nombre de iniciación en el templo, que ejercía el arte sacerdotal y real sobre el trono, era, pues, un personaje bien distinto del déspota asirio, cuyo poder arbitrario estaba cimentado sobre el crimen y la sangre. El faraón era el iniciado coronado, o por lo menos, el discípulo y el instrumento de los iniciados. Durante siglos, los faraones defenderán, contra el Asia despótica y contra la Europa anárquica, la ley del Morueco, que representaba entonces los derechos de la justicia y del arbitraje internacional según enseñara Rama con su ejemplo.

Hacia el año 2200 antes de Jesucristo, el Egipto sufrió la crisis más temible por que un pueblo puede atravesar: la de la invasión extranjera y de una semiconquista. La invasión fenicia era en sí misma la consecuencia del gran cisma religioso en Asia, que había sublevado a las masas populares, sembrado la discordia en los templos. Conducida por los reyes pastores llamados Hicsos, esa invasión lanzó un diluvio sobre el Delta y el Egipto medio. Los reyes cismáticos traían consigo una civilización corrompida, la

malicia jónica, el lujo del Asia, las costumbres del harén, una idolatría grosera. La existencia nacional del Egipto estaba comprometida, su intelectualidad en peligro, su misión universal amenazada. Pero llevaba en sí un alma de vida, es decir, un cuerpo orgánico de iniciados, depositarios de la antigua ciencia de Hermes y de Am-món-Rá. ¿Qué hizo aquella alma?. Retirarse al fondo de sus santuarios, replegarse en sí misma para resistir mejor al enemigo. En apariencia, el sacerdocio se inclinó ante la invasión y reconoció a los usurpadores que llevaban la ley del Toro y el culto del buey Apis. Sin embargo, ocultos en los templos, los dos consejos guardaron allí, como un depósito sagrado, su ciencia, sus tradiciones, la antigua y pura religión, y con ella la esperanza de una restauración de la dinastía nacional. En esta época fue cuando los sacerdotes difundieron entre el pueblo la leyenda de Isis y de Osiris, del desmembramiento de este último y de su resurrección próxima por su hijo Horus, que volvería a encontrar sus miembros dispersos arrastrados por el Nilo. Se excitó la imaginación de la multitud por la pompa de las ceremonias públicas. Se sostuvo su amor a la vieja religión representándole las desgracias de la Diosa, sus lamentos por la pérdida de su esposo celeste, y la esperanza que ella tenía en su hijo Horus, el divino mediador. Pero al mismo tiempo, los iniciados juzgaron necesario hacer inatacable la verdad esotérica recubriéndola con un triple velo. A la difusión del culto popular de Isis y de Osiris corresponde la organización interior y sabia de los pequeños y de los grandes Misterios. Se les rodeó de barreras casi infranqueables, de peligros tremendos. Se inventaron las pruebas morales, se exigió el juramento del silencio, y la pena de muerte fue rigurosamente aplicada contra los iniciados que divulgaban el menor detalle de los Misterios. Gracias a esta organización severa, la iniciación egipcia llegó a ser, no solamente el refugio de la doctrina esotérica, sino también el crisol de una resurrección nacional y la escuela de las religiones futuras. Mientras los usurpadores coronados reinaban en Memphis, Thebas se preparaba lentamente para la regeneración del país. De su templo, de su arca solar, salió el salvador del Egipto, Amos, que arrojó a los Hicsos del país después de nueve siglos de dominación, restauró la ciencia egipcia en sus derechos y la religión viril de Osiris.

De este modo los Misterios salvaron el alma del Egipto de la tiranía extranjera, y esto para bien de la humanidad. Porque tal era entonces la fuerza de su disciplina, el poder de su iniciación, que encerraba en sí una mejor fuerza moral, su más alta selección intelectual. La iniciación antigua reposaba sobre una concepción del hombre a la vez más sana y más elevada

que la nuestra. Nosotros hemos disociado la educación del cuerpo de la del alma y del espíritu. Nuestras ciencias físicas y naturales, muy avanzadas en sí mismas, hacen abstracción del principio del alma y de su difusión en el universo; nuestra religión no satisface las necesidades de la inteligencia, nuestra medicina no quiere saber nada ni del alma ni del espíritu. El hombre contemporáneo busca el placer sin la felicidad, la felicidad sin la ciencia, y la ciencia sin la sabiduría. La antigüedad no admitía que se pudiesen separar tales cosas. En todos los dominios, ella tenía en cuenta la triple naturaleza del hombre. La iniciación era un adiestramiento gradual de todo el ser humano hacia las cimas vertiginosas del espíritu, desde donde se puede dominar la vida. “Para alcanzar la maestría — decían los sabios de entonces — el hombre tiene necesidad de una refundición total de su ejercicio simultáneo de la voluntad, de la intuición y del razonamiento. Por su completa concordancia, el hombre puede desarrollar sus facultades hasta límites incalculables. El alma tiene sentidos dormidos: la iniciación los despierta. Por medio de un estudio profundo, una aplicación constante, el hombre puede ponerse en relación consciente con las fuerzas ocultas del universo. Por un esfuerzo prodigioso, puede alcanzar la perfección espiritual directa, abrirse las vías del más allá, y hacerse capaz de dirigirse a ellas. Entonces, solamente, puede decir que ha vencido al destino y conquistado su libertad divina. Entonces sólo, el iniciado puede llegar a ser iniciador, profeta y teurgo, es decir: vidente y creador de almas. Porque sólo el que se domina a sí mismo puede dirigir a los otros; sólo es libre el que puede libertarse, únicamente puede emancipar el que está emancipado.

Así pensaban los iniciados antiguos. Los más grandes de entre ellos vivían y obraban en consecuencia. La verdadera iniciación era una cosa bien distinta a un sueño nuevo, y mucho más que una simple enseñanza científica, era la creación de un alma por sí misma, su germinación sobre un plano superior, su floración en el mundo divino.

Trasladémonos al tiempo de los Ramsés, a la época de Moisés y de Orfeo, hacia el año 1300 antes de nuestra era, y tratemos de penetrar en el corazón de la iniciación egipcia. Los monumentos figurados, los libros de Hermes, la tradición judía y griega, (**ΙΑΜΒΑΙΧΟΤ, περί Μυστηρίων λόγος**), permiten hacer revivir sus fases ascendentes y formarnos una idea de su más alta revelación.

### III ISIS - LA INICIACIÓN - LAS PRUEBAS

En tiempo de los Ramsés, la civilización egipcia resplandecía en el apogeo de su gloria. Los faraones de la XX dinastía, discípulos y portaespadas de los santuarios, sostenían como verdaderos héroes la lucha contra Babilonia. Los arqueros egipcios hostigaban a los Libios, los Bodrones y los Númidas, hasta en el centro del África. Una flota de cuatrocientas velas perseguía a la liga de los cismáticos hasta las bocas del Indus. Para resistir mejor al choque de la Asiria y de sus aliados, los Ramsés habían trazado caminos estratégicos hasta el Líbano, y construido una cadena de fuertes entre Mageddo y Karkemish. Interminables caravanas aflúan por el desierto, de Radasich a Elefantina. Los trabajos de arquitectura continuaban sin descanso y ocupaban a obreros de tres continentes. La sala hipóstila de Karnak, cuyos pilares alcanzan la altura de la columna Vendôme, era reparada; el templo de Abydos se enriquecía con maravillas escultóricas, y el valle de los reyes con monumentos grandiosos. Se construía en Bubasta, en Luksor, en Speos e Ibsambul. En Thebas un arco de triunfo recordaba la toma de Kadesh. En Memphis el Rameseum se elevaba rodeado de un bosque de obeliscos, de estrellas, de monolitos gigantescos.

En medio de aquella actividad febril, de aquella vida deslumbradora, más de un extranjero aspirante a los Misterios, venido de las playas lejanas del Asia Menor o de las montañas de la Tracia, llegaba a Egipto, atraído por la reputación de sus templos. Una vez en Memphis, quedaba asombrado. Monumentos, espectáculos, fiestas públicas, todo le daba la impresión de la opulencia, de la grandeza. Después de la ceremonia de la consagración real, que se hacía en el secreto del santuario, veía al faraón salir del templo, ante la multitud, y subir sobre su pavés llevado por doce oficiales de su estado mayor. Ante él, doce jóvenes ministros del culto llevaban, sobre cojines bordados en oro, las insignias reales: el cetro de los árbitros con cabeza de morueco, la espada, el arco y la maza de armas. Detrás iba la casa del rey y los colegios sacerdotales, seguidos de los iniciados en los grandes y pequeños misterios. Los pontífices llevaban la tiara blanca, y su pectoral chispeaba con el fuego de las piedras simbólicas. Los dignatarios de la corona llevaban

las condecoraciones del Cordero, del Morueco, del León, del Lys, de la Abeja, suspendidas de cadenas macizas admirablemente trabajadas. Las corporaciones cerraban la marcha con sus emblemas y sus banderas desplegadas. (*Véanse las pinturas murales de los templos de Thebas reproducidas en el libro de Francois Lenormant, y el capítulo sobre Egipto en La mission des Juifs, de M. Saïnt-Yves d'Alveydre*).

Por la noche, barcas magníficamente empavesadas paseaban sobre lagos artificiales a las reales orquestas, en medio de las cuales se perfilaban, en posturas hieráticas, las bailarinas y tocadoras de tiorba.

Pero aquella pompa aplastante no era lo que él buscaba. El deseo de penetrar el secreto de las cosas, la sed de saber: he ahí lo que le traía de tan lejos. Se le había dicho que en los santuarios de Egipto vivían magos, hierofantes en posesión de la ciencia divina. Él también quería entrar en el secreto de los dioses. Había oído hablar a un sacerdote de su país del *Libro de los muertos*, de su rollo misterioso que se ponía bajo la cabeza de las momias como un viático, y que contaba, bajo una forma simbólica, el viaje de ultratumba del alma, según los sacerdotes de Ammón-Rá. Él había seguido con ávida curiosidad y un cierto temblor interno mezclado de duda, aquel largo viaje del alma después de la vida; su expiación en una región abrasadora; la purificación de su envoltura sideral; su encuentro con el mal piloto sentado en una barca con la cabeza vuelta, y con el buen piloto que mira de frente; su comparecencia ante los cuarenta y dos jueces terrestres; su justificación por Toth; en fin, su entrada y transfiguración en la luz de Osiris. Podemos juzgar del poder de aquel libro y de la revolución total que la iniciación egipcia operaba a veces en los espíritus, por este pasaje del *Libro de los muertos*: “Este capítulo fue encontrado en Hermópolis en escritura azul sobre una losa de alabastro, a los pies del Dios Toth (Hermes), del tiempo del rey Menkara, por el príncipe Hastatef, cuando iba de viaje para inspeccionar los templos. Llevó él la piedra al templo real. ¡Oh gran secreto!; él no vio más ni oyó más cuando leyó aquel capítulo puro y santo; no se aproximó más a ninguna mujer ni comió más carne ni pescado”. (*Libro de los muertos, capítulo LXIV*). Pero ¿Qué había de verdadero en aquellas narraciones turbadoras, en aquellas imágenes hieráticas tras las cuales se esfumaba el terrible misterio de ultratumba? — Isis y Osiris lo saben — le decían. Pero ¿Quiénes eran aquellos dioses de quienes sólo se hablaba con un dedo sobre los labios?. Para saberlo el extranjero llamaba a la puerta del gran templo de Thebas o de Memphis. Varios servidores le conducían bajo el pórtico de un patio

interior, cuyos pilares enormes parecían lotos gigantescos, sosteniendo por su fuerza y pureza al arca solar, el templo de Osiris. El hierofante se aproximaba al recién llegado. La majestad de sus facciones, la tranquilidad de su rostro, el misterio de sus ojos negros, impenetrables, pero llenos de luz interna, inquietaban ya algo al postulante. Aquella mirada penetraba como un punzón. El extranjero se sentía frente a un hombre a quien sería imposible ocultar nada. El sacerdote de Osiris interrogaba al recién llegado sobre su ciudad natal, sobre su familia y sobre el templo donde había sido instruido. Si en aquel corto pero incisivo examen se le juzgaba indigno de los misterios, un gesto silencioso, pero irrevocable, le mostraba la puerta. Pero si el sacerdote encontraba en el aspirante un deseo sincero de la verdad, le rogaba que le siguiera. Atravesaba pórticos, patios interiores, luego una avenida tallada en la roca a cielo abierto y bordeada de obeliscos y de esfinges, y por fin se llegaba a un pequeño templo que servía de entrada a las criptas subterráneas. La puerta estaba oculta por una estatua de Isis de tamaño natural. La diosa sentada tenía un libro cerrado sobre sus rodillas, en una actitud de meditación y de recogimiento. Su cara estaba cubierta con un velo. Se leía bajo la estatua:

*“Ningún mortal ha levantado mi velo”.*

— Aquí está la puerta del santuario oculto — decía el hierofante —. Mira esas dos columnas. La roja representa la ascensión del espíritu hacia la luz de Osiris; la negra significa la cautividad en la materia, y en esta caída puede llegarse hasta el aniquilamiento. Cualquiera que aborde nuestra ciencia y nuestra doctrina, juega en ello su vida. La locura o la muerte: he ahí lo que encuentra el débil o el malvado; los fuertes y los buenos únicamente encuentran aquí la vida y la inmortalidad. Muchos imprudentes han entrado por esa puerta y no han vuelto a salir vivos. Es un abismo que no muestra la luz más que a los intrépidos. Reflexiona bien en lo que vas a hacer, en los peligros que vas a correr, y si tu valor no es un valor a toda prueba, renuncia a la empresa. Porque una vez que esa puerta se cierre, no podrás volverte atrás. — Si el extranjero persistía en su voluntad, el hierofante le volvía a llevar al patio exterior y le dejaba en manos de los servidores del templo, con los que tenía que pasar una semana, obligado a hacer los trabajos más humildes, escuchando los himnos y haciendo las abluciones. Se le ordenaba el silencio más absoluto.

Llegaba la noche de la prueba. Dos neócoros (*Empleamos aquí como más inteligible la traducción griega de los términos egipcios*) u oficiantes volvían a llevar al aspirante a la puerta del santuario oculto. Se entraba en un vestíbulo negro sin salida aparente. A los dos lados de aquella sala lúgubre, a la luz de las antorchas el extranjero veía una fila de estatuas con cuerpos de hombre y cabezas de animales; de leones, de toros, de aves de rapiña, de serpientes que parecían mirar su paso sonriendo con ironía. Al fin de aquella siniestra avenida, que se atravesaba en el más profundo silencio, había una momia y un esqueleto humanos en pie y frente a frente. Y con un gesto mudo los dos neócoros mostraban al novicio un agujero en la pared, frente a él. Era la entrada de un pasadizo tan bajo que no se podía penetrar en él más que arrastrándose.

— Aún puedes volver atrás — decía uno de los oficiantes —. La puerta del santuario aún no se ha vuelto a cerrar. Si no quieres, tienes que continuar tu camino por ahí y sin volver atrás.

— Me quedo — decía el novicio, reuniendo todo su valor.

Se le daba entonces una pequeña lámpara encendida. Los neócoros se marchaban y cerraban con estrépito la puerta del santuario. Ya no había que dudar: era preciso entrar en el pasadizo. Apenas se había deslizado en él, arrastrándose de rodillas con su lámpara en la mano, cuando oía una voz en el fondo del subterráneo: “Aquí perecen los locos que codician la ciencia y el poder”. Gracias a un maravilloso efecto de acústica, aquellas palabras eran repetidas siete veces por ecos distanciados. Era preciso avanzar sin embargo; el pasadizo se ensanchaba, pero descendía en pendiente cada vez más rápida. En fin, el viajero se encontraba frente a un embudo que conducía a un agujero: una escala de hierro se perdía en él; el novicio se aventuraba a bajar. En el último escalón, su mirada asustada se hundía en un pozo horrible. Su pobre lámpara de nafta, que apretaba convulsamente en su temblorosa mano, proyectaba un vago resplandor en tinieblas sin fondo... ¿Qué hacer?. Sobre él, la vuelta imposible; bajo él, la caída en el vacío, la noche espantosa. En aquella angustia, distinguía una grieta en el terreno por su izquierda. Agarrado con una mano a la escala, extendiendo su lámpara con la otra, veía unos escalones. ¡Una escalera!, era la salvación. Se lanzaba por ella; subía, se escapaba del abismo. La escalera, atravesando la roca como una barrena, subía en espiral. En fin, el aspirante se encontraba ante una reja de bronce que daba a una ancha galería sostenida por grandes cariátides. En los intervalos, sobre el muro, se veían dos filas de frescos simbólicos. Había once en cada lado, dulcemente iluminados por lámparas de cristal que tenían en sus

manos las bellas cariátides.

Un mago llamado *pastophoro* (guardián de los símbolos sagrados) abría la verja al novicio y le acogía con una sonrisa benévola. Lo felicitaba por haber soportado con felicidad la primera prueba, y luego, conduciéndole a través de la galería, le explicaba las pinturas sagradas. Bajo cada una de aquellas pinturas había una letra y un número. Los veintidós símbolos representaban los veintidós primeros arcanos y constituían el alfabeto de la ciencia oculta, es decir, los principios absolutos, las claves universales que, aplicadas por la voluntad, se convierten en la fuente de toda sabiduría y de todo poder. Esos principios se fijaban en la memoria por su correspondencia con las letras de la lengua sagrada y con los números que se ligan a esas letras. Cada letra y cada número expresa en aquella lengua una ley ternaria, que tiene su repercusión en el *mundo divino*, en el *mundo intelectual* y en el *mundo físico*. Del mismo modo que el dedo que toca una cuerda de la lira hace resonar una nota de la gama y vibrar todas sus armónicas, así el espíritu que contempla todas las virtualidades de un número y la voz que pronuncia una letra con la conciencia de su alcance, evocan un poder que repercute en los tres mundos.

De este modo, la letra A, que corresponde al número 1, expresa *en el mundo divino*: el Ser absoluto que emanan todos los seres; *en el mundo intelectual*: la unidad, manantial y síntesis de los números; *en el mundo físico*: el hombre, cúspide de los seres relativos que, por la expresión de sus facultades, se eleva en las esferas concéntricas del infinito. El arcano 1 se representaba entre los egipcios por un mago vestido de blanco, con un cetro en la mano y la frente ceñida por una corona de oro. El ropaje blanco significaba la pureza, el cetro el dominio, la corona de oro la luz universal.

El novicio se hallaba lejos de comprender todo lo que oía de extraño y de nuevo; pero desconocidas perspectivas se entreabrían ante él a las palabras del *pastophoro*, ante aquellas hermosas pinturas que le miraban con la impasible gravedad de los dioses. Tras cada una de ellas, entreveía por relámpagos de intuición toda una serie de pensamientos y de imágenes súbitamente evocadas. Sospechaba por la primera vez la *parte interna* del mundo por la cadena misteriosa de las causas. Así, de letra en letra, de número en número, el maestro explicaba al discípulo el sentido de los arcanos, y le conducía por *Isis Urania* al *Carro de Osiris*; por la *torre derribada por el rayo a la estrella flamígera*, y, en fin, a *la corona de los magos*. “Y sábelo bien — decía el *pastophoro* — lo que significa esa corona: toda voluntad que se une a Dios para manifestar la verdad y obrar la justicia,

entra desde esta vida en participación del poder divino sobre los seres y sobre las cosas, recompensa eterna de los espíritus libertados”. Al oír hablar al maestro, el neófito experimentaba una mezcla de sorpresa, de temor y de admiración. Eran los primeros resplandores del santuario, y la verdad entrevista le parecía la aurora de una divina reminiscencia. Pero las pruebas no habían terminado. Al concluir de hablar, el pastóphoro abrió una puerta que daba acceso a una nueva bóveda estrecha y larga, a cuya extremidad chisporroteaba una enorme hoguera. “Pero ¡eso es la muerte!”, decía el novicio, y miraba a su guía temblando. “Hijo mío — respondía el pastophoro —, la muerte sólo espanta a las naturalezas abortadas. Yo he atravesado en otros tiempos aquella llama como un campo de rosas”. Y la verja de la galería de los arcanos se volvía a cerrar tras el postulante. Al aproximarse a la barrera de fuego, se daba cuenta de que la hoguera se reducía a una ilusión óptica creada por maderas resinosas, dispuestas al tresbolillo sobre unas rejas. Un sendero trazado en medio le permitía pasar rápidamente al otro lado. **A la prueba de fuego sucedía la prueba del agua.** El aspirante tenía que atravesar una agua muerta y negra al resplandor de un incendio de nafta que se encendía tras de él, en la cámara del fuego. Después de esto, los oficiantes le conducían, tembloroso aún, a una gruta oscura en la que no se veía más que un lecho mullido, misteriosamente iluminado por la semioscuridad de una lámpara de bronce suspendida en la bóveda. Le secaban, rociaban su cuerpo con esencias exquisitas, le revestían con un traje de fino lienzo y le dejaban solo, después de haberle dicho: “Descansa, medita y espera al hierofante”. El novicio extendía sus miembros fatigados sobre el tapiz suntuoso de su lecho. Después de las emociones diversas, aquel momento de calma le parecía dulce. Las pinturas sagradas que había visto, todas aquellas figuras extrañas, las esfinges, las cariátides, volvían a pasar ante su imaginación. ¿Por qué una de aquellas pinturas le obsesionaba como una alucinación?. Veía obstinadamente el arcano X representado por una rueda suspendida por su eje entre dos columnas. De un lado sube Hesmanubis, el genio del Bien, bello como un joven efebo; del otro, Tiphón, el genio del Mal, que con la cabeza hacia abajo se precipita al abismo. Entre los dos, en la parte superior de la rueda, se hallaba sentada una esfinge con una espada en sus garras.

El vago zumbido de una música lasciva que parecía partir del fondo de la gruta, hacía desvanecer aquella imagen. Eran sonos ligeros e indefinidos, de una languidez triste e incisiva. Un tañido metálico excitaba su oído, mezclado

con arpegios y sonidos de flauta, suspiros jadeantes como un aliento abrasador. Envuelto en un sueño de fuego, el extranjero cerraba los ojos. Al volverlos a abrir, veía a algunos pasos de su lecho una aparición trastornadora de vida y de infernal seducción. Una mujer de Nubia, vestida con gasa de púrpura transparente, un collar de amuletos a su cuello, parecida a las sacerdotisas de los misterios de Mylitta, estaba allí en pie, cubriéndole con su mirada y manteniendo en su mano una copa coronada de rosas. Tenía ese tipo nubio cuya sensualidad intensa y chispeante concentra todas las potencias del animal femenino: pómulos salientes, nariz dilatada, labios gruesos como un fruto rojo y sabroso. Sus ojos negros brillaban en la penumbra. El novicio se había levantado y, sorprendido, no sabiendo si debía temblar o regocijarse, cruzaba instintivamente sus manos sobre el pecho. Pero la esclava avanzaba a pasos lentos, y, bajando los ojos, murmuraba en voz baja: “¿Tienes miedo de mí, bello extranjero?. Te traigo la recompensa de los vencedores, el olvido de las penas, la copa de la felicidad...”. Él novicio dudaba; entonces, como llena de cansancio, la nubia se sentaba sobre el lecho y envolvía al extranjero en una mirada suplicante como una larga llama. ¡Desgraciado de él si se atrevía a desafiarla, si se inclinaba sobre aquella boca, si se embriagaba con los pesados perfumes que subían de aquellos hombros bronceados!. Una vez que había cogido su mano, y tocado con los labios aquella copa, estaba perdido... Rodaba sobre el lecho enlazado en un abrazo abrasador. Pero después de satisfacer el deseo salvaje, el líquido que había bebido le sumergía en un pesado sueño. Cuando despertaba, se encontraba solo, angustiado. La lámpara lanzaba una luz fúnebre sobre su lecho en desorden. Un hombre estaba en pie ante él; era el hierofante, que le decía:

— Has vencido en las primeras pruebas. Has triunfado de la muerte, del fuego y del agua; pero no has sabido vencerte a ti mismo. Tú que aspiras a las alturas del espíritu y del conocimiento, has sucumbido a la primera tentación de los sentidos, y has caído en el abismo de la materia. Quien vive esclavo de los sentidos, vive en las tinieblas. Has preferido las tinieblas a la luz; quédate, pues, en las tinieblas. Te advertí de los peligros a que te exponías. Has salvado tu vida; pero has perdido tu libertad. Quedarás bajo pena de muerte, como esclavo del templo.

Si al contrario, el aspirante había tirado la copa y rechazado a la pecadora, doce neócoros provistos de antorchas, llegaban para rodearle y conducirlo triunfalmente al santuario de Isis, donde los magos, colocados en hemicírculo y vestidos de blanco, le esperaban en asamblea plena. En el fondo del templo espléndidamente iluminado, veía la estatua colosal de Isis,

*Edouard Schure – Los Grandes Iniciados II – Hermes y Moisés*

---

en metal fundido, con una rosa de oro en el pecho, coronada con una diadema de siete rayos y sosteniendo en sus brazos a su hijo Horus. Ante la diosa, el hierofante recibía al recién llegado y le hacía prestar, bajo las imprecaciones más tremendas, el juramento del silencio y de la sumisión. Entonces le saludaba en nombre de toda la asamblea como a un hermano y futuro iniciado. Ante aquellos maestros augustos, el discípulo de Isis se creía en presencia de dioses. Engrandecido ante sí mismo, entraba por la primera vez en la esfera de la Verdad.

## IV OSIRIS - LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN

Y, sin embargo, sólo quedaba admitido a su umbral. Porque ahora empezaban los largos años de estudio y de aprendizaje. Antes de elevarse a Isis Urania tenía que conocer la Isis terrestre, instruirse en las ciencias físicas y androgónicas. El tiempo lo repartía entre las meditaciones en su celda, el estudio de los jeroglíficos en las salas y patios del templo, tan vasto como una ciudad, y las lecciones de los maestros. Aprendía la ciencia de los minerales y de las plantas, la historia del hombre y de los pueblos, la medicina, la arquitectura y la música sagrada. En aquel largo aprendizaje no tenía sólo que conocer, sino devenir: ganar la fuerza por medio del renunciamiento. Los sabios antiguos creían que el hombre no posee la verdad más que cuando ésta llega a ser una parte de su ser íntimo, un acto espontáneo del alma. Pero en ese profundo trabajo de asimilación, se dejaba al discípulo abandonado a sí mismo. Sus maestros no le ayudaban en nada, y con frecuencia le chocaba su frialdad, su indiferencia. Le vigilaban con atención; le obligaban a seguir reglas inflexibles; se exigía de él una obediencia absoluta; pero no le revelaban nada más allá de ciertos límites. A sus inquietudes, a sus preguntas, se le respondía: “Espera y trabaja”. Entonces se manifestaban en él rebeldías repentinas, pesares amargos, sospechas horribles. ¿Se había convertido en esclavo de audaces impostores o de magos negros, que subyugaban su voluntad con un fin infame?. La verdad huía; los dioses le abandonaban; estaba solo y era prisionero del templo. La verdad se le había aparecido bajo la figura de una esfinge. Ahora la esfinge le decía: “Yo soy la duda”. Y la bestia alada con su cabeza de mujer impasible y sus garras de león, se lo llevaba para desgarrarlo en la arena ardiente del desierto.

Pero a esas pesadillas sucedían horas de calma y de presentimiento divino. Comprendía entonces el sentido simbólico de las pruebas por que había atravesado al entrar en el templo. Porque el pozo sombrío donde había estado a punto de caer, era menos negro que el abismo de la insondable verdad; el fuego que había atravesado, era menos terrible que las pasiones que quemaban aún su carne; el agua helada y tenebrosa en que había tenido que sumergirse, era menos fría que la duda en que su espíritu se hundía y se

ahogaba en las malas horas.

En una de las salas del templo se alineaban en dos filas aquellas mismas pinturas sagradas que le habían explicado en la cripta durante la noche de las pruebas, y que representaban los veintidós arcanos. Aquellos arcanos que se dejaban entrever en el umbral mismo de la ciencia oculta, eran las columnas de la teología; pero era preciso haber atravesado toda la iniciación para comprenderlos. Después, ninguno de los maestros le había vuelto a hablar más de aquello. Le permitían solamente pasearse en aquella sala y meditar sobre aquellos signos. Pasaba allí largas horas solitarias. Por aquellas figuras castas como la luz, graves como la Eternidad, la verdad invisible e impalpable se infiltraba lentamente en el corazón del neófito. En la muda sociedad de aquellas divinidades silenciosas y sin nombre, de las que cada una parecía presidir a una esfera de la vida, comenzaba a experimentar algo nuevo: al principio, una reconcentración en el fondo de su ser; luego, una especie de desligamiento del mundo que le hacía elevarse por encima de las cosas. A veces, preguntaba a uno de los magos: “¿Se me permitirá algún día respirar la rosa de Isis y ver la luz de Osiris?”. Se le respondía: “Eso no depende de nosotros. La verdad no se da. Se la encuentra. Nosotros no podemos hacer de ti un adepto: hay que llegar por el trabajo propio. El loto crece bajo el río largo tiempo antes de abrirse en flor. No apresures el florecimiento de la flor divina. Si ella tiene que venir, vendrá a su debido tiempo. Trabaja y ora”. Y el discípulo volvía a sus estudios, a sus meditaciones, con un triste gozo. Gustaba del encanto austero y suave, de esa soledad por donde pasa como un soplo el ser de los seres. Así transcurrían los meses y los años. Sentía operarse en su ser una transformación lenta, una metamorfosis completa. Las pasiones que le habían asaltado en su juventud se alejaban como sombras, y los pensamientos que le rodeaban ahora le sonreían como inmortales amigos. Lo que experimentaba por momentos era la desaparición de su yo terrestre y el nacimiento de otro yo más puro y más etéreo. En este sentimiento, a veces ocurría que se prosternaba ante las escaleras del cerrado santuario. Entonces ya no había en él rebeldía, ni un deseo cualquiera, ni un pesar. Sólo había un abandono completo de su alma a los Dioses, una oblación perfecta a la verdad. “¡Oh Isis! — decía él en su oración — puesto que mi alma sólo es una lágrima de tus ojos, que ella caiga en rocío sobre otras almas, y que al morir por ello, sienta yo su perfume subir hacia ti. Heme aquí presto al sacrificio”.

Después de una de aquellas oraciones mudas, el discípulo en semiéxtasis veía en pie a su lado, como una visión salida del suelo, al hierofante envuelto

en los cálidos resplandores del poniente. El maestro parecía leer todos los pensamientos del discípulo, penetrar todo el drama de su vida interior.

— Hijo mío — decía —, la hora se aproxima en que se te revelará la verdad. Porque tú la has presentido ya, descendiendo al fondo de ti mismo y encontrando allí la vida divina. Vas a entrar en la grande, en la inefable comunión de los iniciados. Porque eres digno de ello por la pureza de tu corazón, por tu amor a la verdad y tu fuerza de renunciamiento. Pero nadie franquea el umbral de Osiris sin pasar por la muerte y por la resurrección. Vamos a acompañarte a la cripta. No temas, pues eres ya uno de nuestros hermanos.

Al llegar el crepúsculo, los sacerdotes de Osiris, llevando antorchas, acompañaban al nuevo adepto a una cripta baja sostenida por cuatro columnas apoyadas sobre esfinges. En un extremo se encontraba un sarcófago abierto, tallado en mármol. *(Los arqueólogos han visto durante largo tiempo en el sarcófago de la gran pirámide de Giseh, la tumba del rey Sesostris, basados en Herodoto, que no era iniciado, y a quien los sacerdotes egipcios no han confiado casi más que narraciones sin valor y cuentos populares. Pero los reyes de Egipto tenían sus sepulturas en otras partes. La estructura interior tan rara de la pirámide prueba que debía servir para las ceremonias de la iniciación y prácticas secretas de los sacerdotes de Osiris. Se encuentran allí el Pozo de la verdad, que hemos descrito; la escalera ascendente; la sala de los arcanos... La cámara llamada del Rey, que encierra el sarcófago, era aquella donde se conducía al adepto la víspera de su grande iniciación. Estas mismas disposiciones estaban reproducidas en los grandes templos del Egipto alto y medio).*

— Ningún hombre — decía el hierofante — escapa a la muerte, y toda alma viviente está destinada a la resurrección. El adepto pasa en vida por la tumba para entrar desde ahora en la luz de Osiris.

Acuéstate pues en esa tumba, y espera la luz. Esta noche franquearás la puerta del Espanto y alcanzarás el umbral de la Maestría.

El adepto se acostaba en el sarcófago abierto; el hierofante extendía la mano sobre él para bendecirle, y el cortejo de los iniciados se alejaba en silencio de la cripta. Una pequeña lámpara depositada en tierra ilumina aún, con su resplandor dudoso, las cuatro esfinges que soportan las columnas pequeñas de la cripta. Se oye un coro de voces profundas, bajo y velado. ¿De dónde viene?. ¡El canto de los funerales!... Ya expira; la lámpara arroja un último resplandor y se apaga por completo. El adepto queda solo en las tinieblas: el frío del sepulcro pasa sobre él, hiela todos sus miembros. Pasa

gradualmente por las sensaciones dolorosas de la muerte, y queda aletargado. Su vida desfila ante él y cuadros sucesivos como una cosa irreal, y su conciencia terrestre se vuelve cada vez más vaga y difusa. Pero, a medida que siente su cuerpo disolverse, la parte etérea, fluida, de su ser, se destaca. Entra en éxtasis...

¿Qué es ese punto brillante y lejano que aparece imperceptible sobre el fondo negro de las tinieblas?. Se aproxima, se agranda, se convierte en una estrella de cinco puntas cuyos rayos tienen todos los colores del arco iris, y que lanza en las tinieblas descargas de luz magnética. Ahora es un sol quien le atrae en la blancura de su centro incandescente.

— ¿Es la magia de los maestros la que produce aquella visión?. ¿Es lo invisible que se hace visible?. ¿Es el presagio de la verdad celeste, la estrella flamígera de la esperanza y de la inmortalidad?. — La visión desaparece, y en su lugar un capullo brota en la noche: una flor inmaterial, pero sensible y dotada de un alma. Porque se abre ante él como una rosa blanca y extiende sus pétalos; ve vibrar sus hojas vivas y enrojecerse su cáliz inflamado. — ¿Es flor de Isis, la Rosa mística de la sabiduría que encierra el Amor en su corazón?. — Más he aquí que la rosa se evapora como una nube de perfumes. Entonces, el extático se siente inundado por un soplo cálido y acariciador. Después de haber tomado formas caprichosas, la nube se condensa y se vuelve una figura humana. Es la de una mujer, la Isis del santuario oculto; pero más joven, sonriente y luminosa. Un velo transparente se arrolla en espiral a su alrededor, y su cuerpo brilla a través. En su mano sostiene un rollo de papiros. Se aproxima despacio, se inclina sobre el iniciado acostado en la tumba, y le dice: “Soy tu hermana invisible, soy tu alma divina, y éste es el libro de tu vida. Él contiene las páginas completas de tus existencias pasadas y las páginas blancas de tus vidas futuras. Un día las desarrollaré todas ante ti. Me conoces ahora: llámame y volveré”. Y mientras habla, un rayo de ternura ha brotado de sus ojos... ¡Oh presencia de un doble angélico, promesa inefable de lo divino, fusión en el impalpable más allá!...

Pero todo se quiebra, la visión se borra. Un desgarramiento atroz, y el adepto se siente precipitado en su cuerpo como en un cadáver. Vuelve al estado de letargo consciente; círculos de hierro retienen sus miembros; un peso terrible pesa sobre su cerebro; se despierta..., y en pie ante él está el hierofante acompañado de los magos. Le rodean, le hacen beber un cordial, se levanta.

— Ya has resucitado — dice el sacerdote —: ven a celebrar con nosotros el banquete de los iniciados, y cuéntanos tu viaje en la luz de Osiris. Porque

eres desde ahora uno de los nuestros.

Transportémonos ahora con el hierofante y el nuevo iniciado sobre el observatorio del templo, en el tibio esplendor de una noche egipcia. Allí es donde el jefe del templo daba al reciente adepto la grande revelación, contándole la visión de Hermes. Esta visión no estaba escrita en ningún papiro. Estaba en las estelas de la cripta secreta, conocida sólo por el hierofante. De pontífice en pontífice, la explicación se transmitía verbalmente.

— Escucha bien — decía el hierofante —: esta visión encierra la historia eterna del mundo y el círculo de las cosas.

## V LA VISIÓN DE HERMES

*(La visión de Hermes se encuentra al comienzo de los libros de Hermes Trismegisto bajo el nombre de Poimandres. La antigua tradición egipcia sólo nos ha llegado bajo una forma alejandrina ligeramente alterada. Yo he tratado de reconstituir ese fragmento capital de la doctrina hermética, en el sentido de la alta iniciación y de la síntesis esotérica que representa).*

“Un día Hermes se quedó dormido después de reflexionar sobre el origen de las cosas. Una pesada torpeza se apoderó de su cuerpo; pero a medida que su cuerpo se embotaba, su espíritu subía por los espacios. Entonces le pareció que un ser inmenso, sin forma determinada, le llamaba por su nombre.

— ¿Quién eres? — dijo Hermes asustado.

— Soy Osiris, la inteligencia soberana, y puedo revelarte todas las cosas. ¿Qué deseas?

— Deseo contemplar la fuente de los seres, ¡Oh divino Osiris!, y conocer a Dios.

— Quedarás satisfecho.

En este momento Hermes se sintió inundado por una luz deliciosa. En sus ondas diáfanas pasaban las formas encantadoras de todos los seres. Pero de repente, espantosas tinieblas de forma sinuosa descendieron sobre él. Hermes quedó sumergido en un caos húmedo lleno de humo y de un lúgubre zumbido. Entonces una voz se elevó del abismo. Era *el grito de la luz*. En seguida un fuego sutil salió de las húmedas profundidades y alcanzó las alturas etéreas. Hermes subió con él y se volvió a ver en los espacios. El caos sé despejaba en el abismo; coros de astros se esparcían sobre su cabeza, y la *voz de la luz* llenaba lo infinito.

— ¿Has comprendido lo que has visto? — dijo Osiris a Hermes encadenado en su sueño y suspendido entre tierra y cielo

— No — dijo Hermes —. Bueno: pues vas a saberlo. Acabas de ver lo que es desde toda la eternidad. La luz que has visto al principio, es la inteligencia divina que contiene todas las cosas en potencia y encierra los modelos de todos los seres. Las tinieblas en que has sido sumergido en

seguida, son el mundo material en que viven los hombres de la tierra; el fuego que has visto brotar de las profundidades, es el Verbo divino. Dios es el Padre, el Verbo es el Hijo, su unión es la Vida.

— ¿Qué sentido maravilloso se ha abierto en mí? — dijo Hermes —. Ya no veo con los ojos del cuerpo, sino con los del espíritu. ¿Cómo ocurre eso?.

— Hijo de la tierra — respondió Osiris — es porque el Verbo está en ti. Lo que en ti oye, ve, obra, es el Verbo mismo, el fuego sagrado, la palabra creadora.

— Puesto que así es — dijo Hermes —, hazme ver la vida de los mundos, el camino de las almas, de dónde viene el hombre y adonde vuelve.

— Hágase todo según tu deseo.

Hermes se volvió más pesado que una piedra y cayó a través de los espacios como un aerolito. Por fin se vio en la cumbre de una montaña. Estaba oscura; la tierra era sombría y desnuda; sus miembros le parecían pesados como hierro.

— ¡ Levanta los ojos y mira!. — dijo la voz de Osiris.

Entonces, Hermes vio un espectáculo maravilloso. El espacio infinito, el cielo estrellado le envolvían en siete esferas luminosas. De una sola mirada, Hermes vio los siete cielos escalonados sobre su cabeza como siete globos transparentes y concéntricos, cuyo centro sideral él ocupaba. El último tenía como cintura la vía láctea. En cada esfera giraba un planeta acompañado de una forma, signo y luz diferente. Mientras que Hermes deslumbrado contemplaba esta floración esparcida y sus movimientos majestuosos, la voz dijo:

— Mira, escucha y comprende. Tú ves las siete esferas de toda vida. Al través de ellas tiene lugar la caída de las almas y su ascensión. Los siete planetas con sus Genios son los siete rayos del Verbo Luz. Cada uno de ellos domina en una esfera del Espíritu, en una fase de la vida de las almas. El más aproximado a ti es el Genio de la Luna, el de inquietante sonrisa y coronado por una hoz de plata. Éste preside a los nacimientos y a las muertes. El desagrega las almas de los cuerpos y las atrae en su rayo. Sobre él, el pálido Mercurio muestra el camino a las almas descendentes o ascendentes, con su caduceo que contiene la ciencia. Más arriba la brillante Venus sostiene el espejo del Amor, donde las almas por turno se olvidan y se reconocen. Sobre éste, el Genio del Sol eleva la antorcha triunfal de la eterna Belleza. Más arriba aún, Marte blande la espada de la justicia. Reinando sobre la esfera azulada, Júpiter sostiene el cetro del poder supremo, que es la Inteligencia divina. En los límites del mundo, bajo los signos del Zodíaco,

Saturno lleva el globo de la sabiduría universal. *(Desde luego que estos dioses tenían otros nombres en la lengua egipcia. Pero los siete dioses cosmogónicos se corresponden en todas las mitologías por su sentido y sus atributos. Ellos tienen su raíz común en la antigua tradición esotérica. Como la tradición occidental ha adoptado los nombres latinos, nosotros los conservamos para mayor claridad).*

— Veo — dijo Hermes — las siete regiones que comprenden el mundo visible e invisible; veo los siete rayos del Verbo Luz, del Dios único que los atraviesa y gobierna. Pero ¡Oh maestro mío!, ¿En qué forma tiene lugar el viaje de los hombres a través de todos esos mundos?.

— ¿Ves — dijo Osiris — una simiente luminosa caer de las regiones de la vía láctea en la séptima esfera?. Son gérmenes de almas. Ellas viven como vapores ligeros en la región de Saturno, dichosas, sin preocupación, ignorantes de su felicidad. Pero al caer de esfera a esfera revisten envolturas cada vez más pesadas. En cada encarnación adquieren un nuevo sentido corporal, conforme al medio en que habitan. Su energía vital aumenta; pero a medida que entran en cuerpos más espesos, pierden el recuerdo de su origen celeste. Así tiene lugar la caída de las almas procedentes del divino Éter. Más y más prisioneras de la materia, más y más embriagadas por la vida, se precipitan como una lluvia de fuego, con estremecimientos de voluptuosidad, a través de las regiones del Dolor, del Amor y de la Muerte, hasta su prisión terrestre, donde tú gimes retenido por el centro ígneo de la tierra y donde la vida divina parece un vano sueño.

— ¿Pueden morir las almas? — preguntó Hermes.

— Sí — respondió la voz de Osiris —; muchas perecen en el descenso fatal. El alma es hija del cielo y su viaje es una prueba. Si en su amor desenfrenado de la materia pierde el recuerdo de su origen, la brasa divina que en ella estaba y que hubiera podido llegar a ser más brillante que una estrella, vuelve a la región etérea, átomo sin vida, y el alma se desagrega en el torbellino de los elementos groseros.

A esas palabras de Osiris, Hermes se estremeció. Porque una tempestad rugiente le envolvió en una nube negra. Las siete esferas desaparecieron bajo espesos vapores. Vio allí espectros humanos lanzando extraños gritos, llevados y desgarrados por fantasmas de monstruos y de animales, en medio de gemidos y de blasfemias sin nombre.

— Tal es — dijo Osiris — el destino de las almas irremediamente bajas y malvadas. Su tortura sólo termina con su destrucción, que es la pérdida de toda conciencia. Pero mira: los vapores se disipan, las siete esferas

reaparecen bajo el firmamento. Mira de este lado. ¿Ves aquel enjambre de almas que tratan de remontarse a la región lunar?. Las unas son rechazadas hacia la tierra, como torbellinos de pájaros bajo los golpes de la tempestad. Las otras alcanzan a grandes aletazos la esfera superior, que las arrastra en su rotación, una vez llegadas allá, recobran la visión de las cosas divinas. Pero esta vez no se contentan con reflejarlas en el sueño de una felicidad imponente. Ellas se impregnan de aquellas cosas con la lucidez de la conciencia iluminada por el dolor, con la energía de la voluntad adquirida en la lucha. Ellas se vuelven luminosas, porque poseen lo divino en sí mismas y lo irradian en sus actos. Templa, pues, tu alma, ¡Oh Hermes!, y serena tu espíritu oscurecido, contemplando esos vuelos lejanos de almas que remontan las siete esferas y allí se esparcen como haces de chispas. Porque tú también puedes seguir las; basta quererlo para elevarse. Mira como ellas se enjambran y describen coros divinos. Cada una se coloca bajo su genio preferido. Las más bellas viven en la región solar, las más poderosas se elevan hasta Saturno. Algunas se remontan hasta el Padre: entre las potencias, potencias ellas mismas. Porque allí donde todo acaba, todo comienza eternamente, y las siete esferas dicen juntas: “¡Sabiduría!, ¡Amor!, ¡Justicia!, ¡Belleza!, ¡Esplendor!, ¡Ciencia!, ¡Inmortalidad!”.

— “He ahí — decía el hierofante — lo que ha visto el antiguo Hermes y lo que sus sucesores nos han transmitido. Las palabras del sabio son como las siete notas de la lira que contienen toda la música, con los números y las leyes del universo. La visión de Hermes se asemeja al cielo estrellado cuyas profundidades insondables están sembradas de constelaciones. Para el niño, sólo es una bóveda con clavos de oro; para el sabio es el espacio sin límites, donde giran los mundos con sus ritmos y sus signos evocadores y las claves mágicas; cuanto más aprendas a contemplarla y a comprenderla, más verás extenderse sus límites, porque la misma ley orgánica gobierna todos los mundos”. Y el profeta del templo comentaba el texto sagrado. Él explicaba que la doctrina del Verbo Luz representa la divinidad *en el estado estático*, en su equilibrio perfecto. Él demostraba su triple naturaleza, que es a la vez inteligencia, fuerza y materia; espíritu, alma y cuerpo; luz, verbo y vida. La esencia, la manifestación y la substancia, son tres términos que se suponen recíprocamente. Su unión constituye el principio divino e intelectual por excelencia, la ley de la unidad ternaria, que de arriba abajo domina la creación.

Habiendo conducido así a su discípulo al centro ideal del universo, al principio generador del Ser, el Maestro lo difundía en el tiempo y el espacio,

lo sacudía en floraciones múltiples. Porque la segunda parte de la visión representa a la divinidad en estado dinámico, es decir, en evolución activa; en otros términos: el universo visible e invisible, el acto viviente. Las siete esferas relacionadas con siete planetas simbolizan siete principios, siete estados diferentes de la materia y del espíritu, siete mundos diversos que cada hombre y cada humanidad se ven forzados a atravesar en su evolución a través de un sistema solar. Los siete Genios, o los siete Dioses cosmogónicos, significaban los espíritus superiores y directores de todas las esferas, salidos también de la evolución inevitable. Cada gran Dios era, para un iniciado antiguo, el símbolo y el patrón de legiones de espíritus que reproducían su tipo bajo mil variantes, que, desde su esfera, podían ejercer una acción sobre el hombre y sobre las cosas terrestres. Los siete Genios de la visión de Hermes son los siete Devas de la India, los siete Amshapands de Persia, los siete grandes Ángeles de la Caldea, los siete Séphiroths (*Hay diez Séphiroths en la Kábala. Los tres primeros representan el ternario divino, los otros siete la evolución del universo*) de la Cabala, los siete Arcángeles del Apocalipsis cristiano. Y el gran septenario que abarca el universo no vibra únicamente en los siete colores del arco iris, en las siete notas de la escala musical; se manifiesta también en la constitución del hombre, que es triple por esencia, pero séptuple por su evolución. (*Daremos aquí los términos egipcios de esa constitución septenaria del hombre que se vuelve a encontrar en la Kábala: Chat, cuerpo material Anch, fuerza vital; Ka, doble etéreo o cuerpo astral; Hati, alma animal; Bai, alma racional; Cheibi, alma espiritual; Ku, espíritu divino. Veremos el desarrollo de las ideas fundamentales de la doctrina esotérica en el libro de Orfeo y, sobre todo, en el de Pitágoras*).

De modo — decía el hierofante para terminar — que has penetrado hasta el umbral del gran arcano. La vida divina se te ha aparecido bajo los fantasmas de la realidad. Hermes te ha hecho conocer el cielo invisible, la luz de Osiris, el Dios oculto del universo que respira por millones de almas, anima los globos errantes y los cuerpos en movimiento. Ahora puedes tú dirigirte a él y elegir tu camino para ascender hasta el Espíritu puro. Porque tú perteneces desde ahora a los *resucitados en vida*. Recuerda que hay dos clases principales en la ciencia. He aquí la primera: “Lo externo es como lo interno de las cosas; lo pequeño es como lo grande: sólo hay una ley, y el que trabaja es Uno. Nada hay pequeño ni grande en la economía divina”. He aquí la segunda: “Los hombres son dioses mortales, y los dioses son los hombres inmortales, dichoso el que comprende estas palabras porque posee

la clave de todas las cosas. Recuerda que la ley del misterio cubre la gran verdad. El conocimiento total sólo puede ser revelado a nuestros hermanos que han atravesado por las mismas pruebas que nosotros. Es preciso medir la verdad según las inteligencias: velarla a los débiles, a los que volvería locos, ocultarla a los malvados que sólo pueden percibir fragmentos que emplearían como armas de destrucción. Enciérrala en tu corazón y que te hable por tu obra. La ciencia será tu fuerza, la fe tu espada y el silencio tu armadura infrangible”.

Las revelaciones del profeta de Ammón-Rá, que abrían al nuevo iniciado tan vastos horizontes sobre sí mismo y sobre el universo, producían sin duda una impresión profunda cuando eran dichas sobre el observatorio de un templo de Thebas, en la calma lúcida de una noche egipcia. Los arcos, las bóvedas y las terrazas blancas de los templos dormían a sus pies, entre los macizos negros de los nopales y los tamarindos. A distancia, grandes monolitos, estatuas colosales de los Dioses, fijas como jueces incorruptibles, sobre el lago silencioso. Tres pirámides, figuras geométricas del tetragrámaton y del septenario sagrado, se perdían en el horizonte, espaciando sus triángulos en el tenue gris del aire. El insondable firmamento hormigueaba de estrellas. ¡Con qué nuevos ojos miraba aquellos astros que le pintaban como moradas futuras!. Cuando, en fin, el esquife dorado de la luna emergía del sombrío espejo del Nilo, que se perdía en el horizonte como una larga serpiente azulada, el neófito creía ver la barca de Isis que navegaba sobre el río de las almas y las lleva hacia el sol de Osiris. Él se acordaba del *Libro de los muertos*, y el sentido de todos aquellos símbolos se revelaba ahora a su espíritu. Después de lo que había visto y aprendido, podía creerse en el reino crepuscular del Amenti, misterio interregno entre la vida terrestre y la vida celeste, donde los difuntos, al principio sin ojos y sin palabra, recobran poco a poco la vista y la voz. Él también iba a emprender el gran viaje, el viaje del infinito, a través de los mundos y las existencias. Ya Hermes le había absuelto y juzgado digno. Él le había dicho la clave del gran enigma: “Una sola alma, la grande alma del Todo, ha engendrado, al repartirse, todas las almas que se agitan en el universo”. Armado con el gran secreto, él subía a la barca de Isis, que partía. Elevada a los espacios etéreos, ella flotaba en las regiones intersidiales. Ya los anchos rayos de una inmensa aurora traspasaban los velos azulados de los horizontes celestes; ya el coro de los espíritus gloriosos, de los Akhium Seku que han llegado al eterno reposo, cantaba: “¡Levántate, Ra Hermakuti, sol de los espíritus!. Los que están en tu barca, están en exaltación. Ellos lanzan exclamaciones en *la barca de los millones de años*.

El gran ciclo divino se colma de gozo devolviendo gloria a la gran barca sagrada. Se celebran regocijos en la capilla misteriosa. ¡Levántate, Ammón-Rá Hermakuti, sol que se crea a sí mismo!”. Y el iniciado respondía con estas orgullosas palabras: “He alcanzado el punto de la verdad y de la justificación. Yo resucito como un Dios vivo e irradío en el coro de los Dioses que habitan en el cielo, porque soy de su raza”.

Tales pensamientos y tan audaces esperanzas podían pasar por el espíritu del adepto en la noche que seguía a la ceremonia mística de la resurrección. Al día siguiente, en las avenidas del templo, bajo la luz que ciega, aquella noche sólo le parecía un sueño; pero ¡qué sueño inolvidable aquel primer viaje en lo impalpable y lo invisible!. De nuevo leía la inscripción de la estatua de Isis: “Ningún mortal ha levantado mi velo.” Una punta del velo se había levantado, sin embargo, pero para volver a caer en seguida, y él se había despertado en la tierra de las tumbas. ¡Qué lejos estaba del término soñado!. Porque es bien largo el viaje en la barca de los millones de años. Pero, por lo menos, había entrevisto el objetivo final. Su visión del otro mundo, aunque no fuera más que un sueño, un bosquejo infantil de su imaginación aún llena de los vapores de la tierra, ¿Podía hacerle dudar de esa otra conciencia que había sentido germinar en sí mismo, de ese doble misterioso, de ese Yo celeste que se le había aparecido en su belleza astral como una forma viva, y que le había hablado en su sueño?. ¿Era un alma hermana, era un genio, o sólo era un reflejo de su espíritu íntimo, presentimiento de un ser futuro?. Maravilla y misterio. Seguramente era una realidad, y si aquella alma era la suya, era la verdadera. Para volverla a encontrar, ¿Qué no haría?. Viviría millones de años, pero no olvidaría aquella hora divina en que había visto a su otro Yo puro y radiante. *(En la doctrina egipcia el hombre era considerado como no teniendo conciencia en esta vida mas que del alma animal y del alma racional, llamadas batí y bal. La parte superior de su Ser, el alma espiritual y el espíritu divino, cheybi y Ku, existen en él en estado de germen inconsciente, y se desarrollan después de esta vida, cuando el hombre llega a ser un Osiris).*

La iniciación había terminado. El adepto era consagrado sacerdote de Osiris. Si era egipcio, quedaba agregado al templo; si extranjero, le permitían a veces volver a su país para fundar allí un culto o cumplir una misión. Pero antes de partir, prometía solemnemente por un juramento terrible, guardar un silencio absoluto sobre los secretos del templo. Jamás debía revelar lo que había visto u oído, ni divulgar la doctrina de Osiris más que bajo el triple velo

de los símbolos mitológicos o de los misterios. Si violaba ese juramento, una muerte fatal le alcanzaba pronto o tarde, por lejos que estuviese. Pero el silencio era el escudo de su fuerza.

Vuelto a las playas del mar Jónico, a su ciudad turbulenta, bajo el choque de las pasiones furiosas, en aquella multitud de hombres que vivían como insensatos ignorándose a sí mismos, con frecuencia volvía a pensar en el Egipto, en las pirámides, en el templo de Ammón-Rá. Entonces, el sueño de la cripta volvía, y como el loto se balancea allá sobre las ondas del Nilo, así siempre aquella visión blanca sobrenadaba por encima del río fangoso y turbio de la vida. En las horas escogidas él escuchaba su voz, que era la voz de la luz. Despertándose en su ser, una música íntima le decía: “El alma es una luz velada. Cuando se la abandona, se oscurece y se apaga; pero cuando se vierte sobre ella el óleo santo del amor, se enciende como una lámpara inmortal”.

## **LIBRO IV**

### **MOISES**

### **LA MISIÓN DE ISRAEL**

Nada había velado para él, y cubría con un velo la esencia de todo lo que había visto.

Palabras inscritas bajo la estatua de Phtahiner, gran sacerdote de Memphis.

**Museo del Louvre.**

El más difícil y más oscuro de los libros sagrados, el Génesis, contiene tantos secretos como palabras, y cada palabra esconde varios.

**San Jerónimo.**

Hijo del pasado y lleno del porvenir, ese libro (los diez primeros capítulos del Génesis), heredero de toda la ciencia de los Egipcios, lleva aún los gérmenes de las ciencias futuras. Todo lo que la naturaleza tiene de más profundo y misterioso, lo que el espíritu puede concebir de maravillas, lo que la inteligencia tiene de más sublime, él lo posee.

**Fabre d'Olivet. — La langue hebraïque restituée. Discurso preliminar.**

## I LA TRADICIÓN MONOTEÍSTA Y LOS PATRIARCAS DEL DESIERTO

La revelación es tan vieja como la humanidad consciente. Efecto de la inspiración, se pierde en la noche de los tiempos. Basta haber lanzado una mirada penetrante a los libros sagrados del Irán, de la India y de Egipto, para asegurarse de que las ideas madres de la doctrina esotérica constituyen su fondo oculto, pero viviente. En ella se encuentra el alma invisible, el principio generador de las grandes religiones. Todos los poderosos iniciadores han percibido en un momento de su vida la irradiación de la verdad central; pero la luz que de ella han sacado se ha roto y coloreado según su genio y su misión, según los tiempos y los lugares. Hemos atravesado por la iniciación aria con Rama, la brahmánica con Krishna, la de Isis y de Osiris con los sacerdotes de Thebas. ¿Podremos negar, después de esto, que el principio inmaterial del Dios supremo, que constituye el dogma esencial del monoteísmo y la unidad de la naturaleza, haya sido conocido por los brahmanes y los sacerdotes de Ammón-Rá?. Sin duda, ellos no hacían nacer el mundo de un acto instantáneo, de un capricho de la divinidad, como nuestros teólogos primarios. Pero sabia y gradualmente, por vía de emanación y de evolución, extraían lo visible de lo invisible, el universo de las profundidades insondables de Dios. La dualidad masculino-femenina salía de la unidad primitiva; la trinidad viviente del hombre, de la duada creadora, y así sucesivamente. Los números sagrados constituían el verbo eterno, el ritmo y el instrumento de la divinidad. Contemplados con más o menos lucidez y fuerza, evocaban en el espíritu del iniciado la estructura interna del mundo a través de la suya propia. Del mismo modo, la nota precisa sacada con un arco de una lámina de cristal cubierta de arena, dibuja en pequeño las formas armoniosas de las vibraciones que llenan con sus ondas sonoras el vasto reino del aire. Pero el monoteísmo esotérico de Egipto no salió nunca de los santuarios. Su ciencia sagrada era como privilegio de una pequeña minoría. Los enemigos del exterior comenzaban a batir en brecha aquella antigua ciudadela de la civilización. En la época a que hemos llegado, en el siglo XII antes de J. C, el Asia se hundía en el culto de la materia. La India marchaba

ya a grandes pasos hacia su decadencia. Un poderoso imperio se había levantado en las orillas del Eufrates y del Tigris. Babilonia, esa ciudad colosal y monstruosa, producía vértigos a los pueblos nómadas que merodeaban alrededor. Los reyes de Asiria se proclamaban monarcas de las cuatro regiones del mundo, y aspiraban a poner los límites de su imperio en el mismo fin de la tierra. Aplastaban a los pueblos, los deportaban en masa, los reclutaban y los lanzaban uno contra otro. Ni derecho de gentes, ni respeto humano, ni principio religioso, sino la ambición personal sin freno: tal era la ley de los sucesores de Ninus y de Semíramis. La ciencia de los sacerdotes caldeos era profunda, pero mucho menos pura, menos elevada y menos eficaz que la de los sacerdotes egipcios. En Egipto, la autoridad fue privilegio de la ciencia. El sacerdocio ejerció siempre un poder moderador sobre los reyes. Los faraones eran sus discípulos, y jamás llegaron a ser déspotas odiosos como los reyes de Babilonia. En Babilonia, al contrario, el sacerdocio aplastado, sólo fue desde el principio un instrumento de la tiranía. En un bajo relieve de Nínive, se ve a Nemrod, gigante fornido, estrangular con sus brazos musculosos a un león que tiene apretado contra su pecho. Símbolo parlante: así es como los monarcas de Asiria ahogaron al león iranio, al pueblo heroico de Zoroastro, asesinando a sus pontífices, degollando a los magos de sus colegios, aprisionando a sus reyes. Si los rishis de la India y los sacerdotes de Egipto hicieron reinar en cierto modo la Providencia sobre la tierra por su sabiduría, se puede decir que el reino de Babilonia fue el del destino, es decir, el de la fuerza ciega y brutal.

Babilonia llegó a ser así el centro tiránico de la anarquía universal, el ojo inmóvil de la tempestad social que envolvía al Asia en sus torbellinos; ojo formidable del Destino, siempre abierto, acechando a las naciones para devorarlas.

¿Qué podía hacer Egipto contra el torrente invasor?. Los Hicsos habían estado a punto de hacerlo desaparecer como foco civilizador. El Egipto resistía con valor, pero eso no podía durar siempre. Transcurridos seis siglos, el ciclón persa, que sucedía al ciclón babilónico, iba a barrer sus templos y sus faraones. El Egipto, por otra parte, que poseyó en el más alto grado el genio de la iniciación y de la conservación, no tuvo nunca el de la expansión y de la propaganda. ¿Iban a perecer los tesoros acumulados de su ciencia?. Ciertamente que la mayor parte quedó bajo sus ruinas y cuando llegaron los Alejandrinos, sólo pudieron desenterrar sus fragmentos. Dos pueblos de genio opuesto encendieron, sin embargo, sus antorchas en los santuarios, antorchas de rayos diversos, de las que una aclara las profundidades del cielo, mientras la otra

ilumina y transfigura la tierra: Israel y Grecia.

La importancia del pueblo de Israel para la historia de la humanidad resalta a primera vista, por dos razones. La primera es que representa el monoteísmo; la segunda, que ha dado nacimiento al cristianismo. Pero el objetivo providencial de la misión de Israel sólo aparece al que, abriendo los símbolos del Antiguo y del Nuevo Testamento, se da cuenta de que encierran toda la tradición esotérica del pasado, aunque bajo una forma frecuentemente alterada — en lo que concierne al Antiguo Testamento sobre todo — por los numerosos redactores y traductores, quienes la mayor parte ignoraban el primitivo significado. Entonces el papel de Israel se hace claro. Porque ese pueblo forma así el eslabón necesario entre el antiguo y el nuevo ciclo, entre el Oriente y el Occidente. La idea monoteísta lleva por consecuencia la unificación de la humanidad bajo un mismo Dios y bajo una misma ley. Pero mientras los teólogos se forman una idea infantil y los hombres de ciencia lo ignoren o lo nieguen pura y simplemente, la unidad moral, social y religiosa de nuestro planeta sólo será un piadoso deseo o un postulado de la religión y de la ciencia, impotentes para realizarla. Por el contrario, esa unidad orgánica aparece como posible cuando se reconoce esotérica y científicamente la clave del mundo y de la vida en el principio divino; la del hombre y la de la sociedad en su evolución. En fin, el cristianismo, es decir, la religión del Cristo, sólo nos aparece en su cultura y universalidad al descubrirnos su reserva esotérica. Entonces únicamente se muestra como la resultante de todo lo que ha precedido, como encerrando en sí los principios, el fin y los medios de la regeneración total de la humanidad. Sólo al abrirnos sus misterios últimos es cuando llegará a ser lo que realmente es: la religión de la promesa y del cumplimiento, es decir, de la iniciación universal.

Moisés, iniciado egipcio y sacerdote de Osiris, fue incontestablemente el organizador del monoteísmo. Por él, ese principio hasta allí oculto bajo el triple velo de los misterios, salió del fondo del templo para entrar en el *círculus* de la historia. Moisés tuvo la audacia de hacer del más alto principio de la iniciación el dogma único de una religión nacional, y la prudencia de no revelar sus consecuencias más que a un pequeño número de iniciados, imponiéndolo a la masa por el temor. En esto, el profeta del Sinaí tuvo evidentemente intuiciones lejanas que sobrepasaban con mucho los destinos de su pueblo. La religión universal de la humanidad: he ahí la verdadera misión de Israel, que pocos judíos han comprendido, fuera de sus más grandes profetas. Esa misión, para cumplirse, suponía la submersión

del pueblo, que la representaba. La nación judía ha sido dispersada, aniquilada, mientras la idea de Moisés y de los Profetas ha vivido y se ha ensanchado. Desarrollada, transfigurada por el cristianismo, reavivada por el Islam, aunque de un modo inferior, ella debía imponerse al Occidente bárbaro, reaccionar sobre el Asia misma. En adelante la humanidad, por mucho que haga, por mucho que se agite contra sí misma, girará alrededor de esa idea central como la nebulosa alrededor del sol que la organiza. He ahí la obra formidable de Moisés.

Para esa empresa, la más colosal después del éxodo prehistórico de los Aryas, Moisés encontró un instrumento ya preparado en las tribus de los Hebreos, en aquella particularmente que se había fijado en Egipto en el valle de Goshen, viviendo allí en servidumbre bajo el nombre de los Beni-Jacob. Para establecer una religión monoteísta, había tenido también precursores en la persona de esos reyes nómadas y pacíficos que la Biblia nos presenta bajo la figura de Abraham, de Isaac y de Jacob. Lancemos una mirada a esos hebreos y a esos patriarcas. Trataremos en seguida de destacar la figura de su gran Profeta de los espejismos del desierto y de las sombrías noches del Sinaí, donde retumba el trueno del Jehovah legendario.

Se les conocía hacia siglos, miles de años, a esos Ibrim, nómadas infatigables, eternos desterrados. (*Ibrim, quiere decir: “los del otro lado, los de allá, los que han pasado el río”*. — *Renán, Histoire du peuple d’Israel*).

Hermanos de los Árabes, los Hebreos eran, como todos los Semitas, el resultado de una antigua mezcla de la raza blanca con la raza negra. Se les había visto pasar y repasar por el Norte de África, bajo el nombre de Bodones (Beduinos), los hombres sin asilo y sin lecho, luego plantar sus tiendas móviles en los vastos desiertos entre el mar Rojo y el golfo Pérsico, entre el Eufrates y la Palestina. Ammonitas, Elamitas o Edomitas, todos esos viajeros se parecían. Por vehículo el asno o el camello, por casa la tienda, por único bien rebaños errantes como ellos mismos y pastando siempre en tierra extranjera. Como sus antepasados los Ghibosim, como los primeros Celtas, esos rebeldes tenían odio a la piedra tallada, a la ciudad fortificada, al trabajo impuesto y al templo de piedra, y, sin embargo, las ciudades monstruosas de Babilonia y de Nínive, con sus palacios gigantescos, sus misterios y sus orgías, ejercen sobre esos semisalvajes una invencible fascinación.

Atraídos a sus prisiones de piedra, capturados por los soldados del rey de Asiria, reclutados para sus ejércitos, a veces se lanzaban a las orgías de Babilonia. Otras veces también, los israelitas se dejaban seducir por las

mujeres de Moab, esas zalameras atrevidas de negra piel y ojos brillantes. Ellas les arrastraban a la adoración de los ídolos de piedra y de madera y hasta al horrible culto de Moloch. Pero a veces la sed del desierto les alcanzaba de nuevo y huían. Después de regresar a los valles agrestes donde sólo se oye el rugido de las fieras, a las llanuras inmensas en que es imposible guiarse por otras luces que las de las constelaciones, bajo la fría mirada de aquellos astros que habían adorado sus antepasados, se avergonzaban de sí mismos. Si entonces un patriarca, un hombre inspirado, les hablaba del Dios único, de Elelión, de Aelohim, de Sebaoth, el Señor de los ejércitos que ve todo y castiga al culpable, aquellos hombres salvajes y sanguinarios inclinaban la cabeza y, arrodillándose para orar, se dejaban conducir como corderos.

Y poco a poco, esa idea del gran Aelohim, del Dios único, Todopoderoso, llenaba su alma, como en el Padan-Harram, el crepúsculo confunde todos los accidentes del terreno bajo la línea infinita del horizonte, fundiendo los colores y las distancias bajo la igualdad espléndida del firmamento, y cambiando el universo en una sola masa de tinieblas, cubierta por una esfera chispeante de estrellas.

¿Quiénes eran, pues, los patriarcas?. Abram, Abraham, o el padre Orham, era un rey de Ur, ciudad de Caldea próxima a Babilonia. Los Asirios le representaban, según la tradición, sentado en un sillón con aire benévolo. (*Renán. Peuple d'Israel*). Ese personaje muy antiguo que ha pasado a la historia mitológica de todos los pueblos, puesto que Ovidio le cita, (*Rexit Achaemenias pater Orchamus, isque. Septimus a prisco numeratur origine Belo, Ovidio, Métam. IV, 220*), es el mismo que la Biblia nos representa como emigrando del país de Ur, al país de Canaán, a la voz del Eterno: “El Eterno se le apareció y le dijo: Yo soy el Dios fuerte, Todopoderoso; marcha ante mi faz y en integridad... Estableceré una alianza entre tú y yo y entre tu posteridad, para ser una alianza eterna, a fin de que yo sea tu Dios y el Dios de tu posteridad después de ti”. (Génesis XVI, 17; XVII, 7). Este pasaje, traducido al lenguaje de nuestros días significa que un antiquísimo jefe semita llamado Abraham, que había recibido probablemente la iniciación caldea, se sintió lanzado por la voz interior a conducir su tribu hacia el Oeste y le impuso el culto de Aelohim.

El nombre de Isaac, por el prefijo Is, parece indicar una iniciación egipcia, mientras que los de Jacob y José dejan entrever un origen fenicio. Sea de ello lo que quiera, es probable que los tres patriarcas fueran tres jefes de pueblos diversos que vivieron en épocas distintas. Largo tiempo después

de Moisés, la leyenda israelita los agrupó en una sola familia. Isaac pasó por ser hijo de Abraham, Jacob hijo de Isaac. Esta manera de representar la paternidad intelectual por la paternidad física era muy usada en los antiguos sacerdotios. De esa genealogía legendaria se deduce un hecho capital: la afiliación del culto monoteísta a través de los patriarcas iniciados del desierto. Que esos hombres hayan tenido advertencias interiores, revelaciones espirituales bajo forma de sueño o aun de visiones en estado de vigilia, eso nada tiene de contrario a la ciencia esotérica, ni a la ley psíquica universal que rige las almas y los mundos. Esos hechos han tomado en la narración bíblica la forma sencilla de visitas de ángeles a quienes se da hospitalidad bajo la tienda.

¿Tuvieron esos patriarcas una percepción profunda de la espiritualidad de Dios y de los fines religiosos de la humanidad?. Sin duda alguna. Inferiores en ciencia positiva a los magos de la Caldea, como a los sacerdotes egipcios, les ganaron probablemente por la elevación moral y la amplitud de alma que lleva consigo una vida errante y libre. Para ellos el orden sublime que Aelohim hace reinar en el universo se traduce en el orden social, en culto a la familia, en respeto a sus mujeres, en amor apasionado a sus hijos, en protección a toda la tribu, en hospitalidad para el extranjero. En una palabra, esos “altos padres” son árbitros naturales entre las familias y las tribus. Su bastón patriarcal es un cetro de equidad. Ellos ejercen una autoridad civilizadora y respiran la mansedumbre y la paz. Aquí y allá, bajo la leyenda patriarcal se ve brillar el pensamiento esotérico. Así, cuando, en Bethel, Jacob ve en sueños una escala con Aelohim en la parte más alta y los ángeles que suben y bajan, se reconoce una forma popular, un extracto judaico de la visión de Hermes y de la doctrina de la evolución descendente y ascendente de las almas.

Un hecho histórico de la mayor importancia para la época de los patriarcas, nos aparece en fin, en dos versículos reveladores. Se trata de un encuentro de Abraham con un hermano de iniciación. Después de haber hecho la guerra a los reyes de Sodoma y de Gomorra, Abraham va a rendir homenaje a Melchisedec. Ese rey reside en la fortaleza que será más tarde Jerusalén!. “Melchisedec, rey de Salem, hizo traer pan y vino. Porque él era sacrificador de Aelohim, el Dios soberano. Y él bendijo a Abram, diciendo: “Bendito sea Abram por Aelohim, el Dios soberano, poseedor de los cielos y de la tierra”. (Génesis XIV, 18 y 19). He aquí, pues, un rey de Salem, que es el gran sacerdote del mismo Dios que Abraham. Éste le trata como superior, como maestro, y comulga con él bajo las especies del pan y del vino, en

nombre de Aelohim, lo que en el antiguo Egipto era un signo de comunión entre iniciados. Había pues un lazo de fraternidad, signos de reconocimiento y un fin común entre todos los adoradores de Aelohim, desde el fondo de la Caldea hasta Palestina y quizá hasta santuarios de Egipto. Aquella conjuración monoteísta sólo esperaba un organizador.

Así, entre el Toro alado de Asiria y la Esfinge de Egipto que de lejos observan el desierto, entre la tiranía aplastante y el misterio impenetrable de la iniciación, avanzan las tribus elegidas de los Abramitas, de los Jacobelitas, de los Beni Israel. Huyen ellas de las fiestas desvergonzadas de Babilonia; pasan sin detenerse ni hacer caso ante las orgías de Moab, los horrores de Sodoma y de Gomorra y el culto monstruoso de Baal. Bajo la guardia de los patriarcas, la caravana sigue su ruta jalonada de oasis, marcada por raras fuentes y endebles palmeras. Como una larga cinta ella se pierde en la inmensidad del desierto, bajo el ardor del día, bajo la púrpura del poniente y bajo el manto del crepúsculo, que domina Aelohim.

Ni los rebaños, ni las mujeres, ni los ancianos, conocen el objeto del eterno viaje. Pero avanzan con el paso doliente y resignado de los camellos. ¿Adonde van de este modo?. Los patriarcas lo saben; Moisés se lo dirá.

## II INICIACIÓN DE MOISÉS EN EGIPTO SU HUIDA A CASA DE JETRO

Ramsés II fue uno de los grandes monarcas de Egipto. Su hijo se llamaba Menephtah. Según la costumbre egipcia, recibió su instrucción de los sacerdotes, en el templo de Ammón-Rá en Memphis, puesto que el arte real era entonces considerado como una rama del arte sacerdotal. Menephtah era un joven tímido, curioso y de inteligencia mediocre. Él tenía afición poco inteligente por las ciencias ocultas, lo que le hizo ser más tarde presa de los magos y astrólogos de baja estofa. Tuvo por compañero de estudios a un joven de genio adusto, de carácter extraño y concentrado.

Hosarsiph (*Primer nombre egipcio de Moisés. Manethón, citado por Philón*), era el primo de Menephtah, el hijo de la princesa real, hermana de Ramsés II. ¿Hijo adoptivo o natural?. Nunca se ha sabido. (*El relato bíblico (Éxodo II, 1-10) hace de Moisés un judío de la tribu de Leví, recogido por la hija de Faraón en los juncos del Nilo, donde la astucia materna le había depositado para conmover a la princesa y salvar al niño de una persecución idéntica a la de Herodes.*

*Por el contrario, Manethón, el sacerdote egipcio, a quien debemos los datos más exactos sobre las dinastías de los Faraones, datos hoy confirmados por las inscripciones de los monumentos, afirma que Moisés fue un sacerdote de Osiris. Strabon, que había sacado sus noticias de la misma fuente, es decir, de los iniciados egipcios, lo atestigua igualmente.*

*La fuente egipcia tiene aquí un valor mayor que la fuente judía. Porque los sacerdotes de Egipto no tenían interés alguno en hacer creer a los Griegos o a los Romanos que Moisés era uno de los suyos, mientras que el amor propio nacional de los judíos les ordenaba hicieran del fundador de su nación un hombre de su misma sangre. La narración bíblica reconoce por otra parte que Moisés fue educado en Egipto y enviado por su gobierno como inspector de los judíos de Gosen. Éste es el hecho importante, capital, que establece la filiación secreta entre la religión mosaica y la iniciación egipcia. Clemente de Alejandría creía que Moisés estaba profundamente iniciado en la ciencia de Egipto, y de hecho*

*la obra del creador de Israel sería incomprensible sin esto*). Hosarsiph era ante todo el hijo del templo, porque se había criado entre sus columnas. Dedicado a Isis y a Osiris por su madre, se le había visto desde su adolescencia como levita, en la coronación del Faraón, en las procesiones sacerdotales de las grandes fiestas, llevando el ephod, el cáliz o los incensarios; luego, en el interior del templo, grave y atento, prestando oído a las orquestas sagradas, a los himnos y a las enseñanzas de los sacerdotes. Hosarsiph, era de pequeña estatura, tenía aspecto humilde y pensativo y ojos negros penetrantes, de una fijeza de águila y de una profundidad inquietante. Le habían llamado “el silencioso”; tan concentrado era, casi siempre mudo. Frecuentemente tartamudeaba al hablar, como si buscase las palabras o temiese expresar su pensamiento. Parecía tímido. Luego, de repente un rayo, una idea terrible estallaba en una palabra y dejaba tras ella un surco de relámpagos. Se comprendía entonces que si alguna vez “el silencioso” se lanzaba a obrar por cuenta propia, sería de un atrevimiento terrible. Ya se dibujaba entre sus cejas el pliegue fatal de los hombres predestinados a las grandes empresas; y sobre su frente se cernía una nube amenazadora.

Las mujeres temían la mirada de aquel joven levita, mirada insondable como la tumba, y su cara impenetrable como la puerta del templo de Isis. Se hubiese dicho que presentían un enemigo del sexo femenino en aquel futuro representante del principio viril en religión, en cuanto tiene de más absoluto y de más intratable.

Entre tanto su madre, la princesa real, soñaba para su hijo el trono de los Faraones. Hosarsiph era más inteligente que Menephtah; él podía esperar una usurpación con el apoyo del sacerdocio. Los Faraones, es cierto, designaban sus sucesores entre sus hijos. Pero algunas veces los sacerdotes anulaban la decisión del príncipe después de su muerte, en interés del Estado. Más de una vez separaron del trono a los indignos y a los débiles para dar el cetro a un iniciado real. Ya Menephtah estaba celoso de su primo; Ramsés tenía fija la mirada sobre él y desconfiaba del levita silencioso.

Un día, la madre de Hosarsiph encontró a su hijo en el Serapeum de Memphis, plaza inmensa, sembrada de obeliscos, de mausoleos, de templos pequeños y grandes, de arcos de triunfo, especie de museo a cielo abierto de las glorias nacionales, adonde se llegaba por una avenida de seiscientos esfinges. Ante su madre real, el levita se inclinó hasta tierra y esperó, según la costumbre, que ella le dirigiese la palabra.

— Vas a penetrar en los misterios de Isis y de Osiris, le dijo. Durante largo tiempo no te veré, hijo mío. Pero no olvides que eres de la sangre de

los Faraones y que soy tu madre. Mira a tu alrededor ..., si tú quieres, algún día... todo esto te pertenecerá.

Y con un gesto circular ella mostraba los obeliscos, los templos, Memphis y todo el horizonte.

Una sonrisa desdeñosa pasó sobre el semblante de Hosarsiph, de costumbre liso e inmóvil como una cara de bronce.

— ¿Quieres, pues, dijo él, que gobierne a este pueblo que adora a dioses con cabeza de chacal, de ibis y de hiena?. De todos esos ídolos, ¿Qué quedará dentro de algunos siglos?.

Hosarsiph se bajó, cogió con su mano un puñado de arena fina y la dejó deslizarse a tierra entre sus dedos, ante los ojos de su madre asombrada.

— Lo que queda aquí, añadió.

— ¿Desprecias, pues, la religión de nuestros padres y la ciencia de nuestros sacerdotes?.

— Al contrario, aspiro a ellas. Pero la pirámide está inmóvil. Es preciso que se ponga en marcha. Yo no seré un Faraón. Mi patria está lejos de aquí... Allá... en el desierto.

— ¡Hosarsiph!, dijo la princesa con reproche, ¿Por qué blasfemas?. Un viento de fuego te ha traído a mi seno y, lo veo bien, la tempestad te llevará. Te he dado la vida y no te conozco. En nombre de Osiris, ¿Quién eres y qué va a hacer?.

— ¿Lo sé yo mismo?. Osiris solo lo sabe y me lo dirá; pero dame tu bendición, ¡Oh madre mía!, para que Isis me proteja y la tierra de Egipto me sea propicia.

Hosarsiph se arrodilló ante su madre, cruzó respetuosamente las manos sobre su pecho e inclinó la cabeza. Quitando de su frente la flor de loto que llevaba según costumbres de las mujeres del templo, ella se la dio a respirar, y viendo que el pensamiento de su hijo sería para ella un eterno misterio, se alejó murmurando una oración.

Hosarsiph atravesó triunfalmente la iniciación de Isis. Alma de acero, voluntad de hierro, las pruebas no hicieron mella en él. Espíritu matemático y universal desplegó una fuerza de gigante en la inteligencia y el manejo de los números sagrados, cuyo simbolismo fecundo y aplicaciones eran entonces casi infinitos. Su espíritu desdeñoso de las cosas que no son más que apariencia y de los individuos que pasan, sólo respiraba con placer en los principios inmutables. De allá arriba, tranquila y seguramente, penetraba, dominaba todo, sin manifestar ni deseo, ni rebeldía, ni curiosidad.

Tanto para sus maestros como para su madre, Hosarsiph era un

enigma. Lo que más les inquietaba es que era entero e inflexible como un principio. Se sentía que no podrían ni doblegarle ni desviarle. El marchaba por su vía desconocida como un cuerpo celeste por su órbita invisible. El pontífice Membra se preguntaba hasta dónde alcanzaría aquella ambición concentrada, y quiso saberlo. Un día, Hosarsiph había llevado con otros tres sacerdotes de Osiris el arca de oro que precedía al pontífice en las grandes ceremonias. Aquella arca contenía los diez libros más secretos del templo, que trataban de magia y de Teurgía.

Después de regresar al santuario con Hosarsiph, Membra le dijo:

— Eres de sangre real. Tu fuerza y tu ciencia son desproporcionadas a tu edad. ¿Qué deseas?.

— Nada, aparte de esto.

Y Hosarsiph puso su mano sobre el arca sagrada que los gavilanes de oro fundido cubrían con sus relucientes alas.

— ¿Quieres, pues, ser pontífice de Ammón-Rá y profeta de Egipto?.

— No: pero quiero saber lo que hay en esos libros.

— ¿Cómo vas a saberlo, si nadie debe conocerlo excepto el pontífice?.

— Osiris habla como quiere, cuando quiere y a quien quiere. Lo que contiene esta arca sólo es letra muerta. Si el Espíritu viviente quiere hablarme, me hablará.

— ¿Qué piensas hacer para eso?.

— Esperar y obedecer.

Estas respuestas sabidas por Ramsés II, aumentaron su desconfianza, pues temió que Hosarsiph aspirase al faraonato a expensas de su hijo Menephtah. El faraón ordenó, en consecuencia, que el hijo de su hermano fuese nombrado escriba sagrado del templo de Osiris. Esta función importante comprendía el simbolismo bajo todas sus formas, la cosmografía y la astronomía, pero le alejaba del trono. El hijo de la princesa real se dedicó con el mismo celo y una sumisión perfecta a sus deberes de hieroglámata, a los cuales se ligaba tan bien la función de inspector de los diferentes nomos o provincias del Egipto.

¿Tenía Hosarsiph el orgullo que creían?. Sí, si por orgullo el león cautivo levanta la cabeza y mira al horizonte tras los barrotes de su jaula sin apercebirse tan siquiera de las gentes que le contemplan. Sí, si por orgullo el águila encadenada se estremece con todo su plumaje y con el cuello extendido, las alas abiertas, mira al sol. Como todos los fuertes designados para una grande obra, Hosarsiph no se creía sometido al Destino ciego; él sentía que una Providencia misteriosa velaba sobre él y le conduciría a sus

fines.

Mientras era escriba sagrado, Hosarsiph fue enviado a inspeccionar el delta. Los hebreos tributarios del Egipto, que habitaban entonces en el valle de Gosen, estaban sometidos a trabajos rudos. Ramsés II unía Pelusium con Heliópolis por medio de una cadena de fuertes. Todos los nomos de Egipto tenían que dar su contingente de obreros para estos trabajos gigantescos. Los Beni-Israel se habían encargado de las labores más pesadas y sobre todo eran tallistas en piedra y constructores de ladrillos. Independientes y orgullosos, no se doblegaban tan fácilmente como los indígenas bajo la vara de los guardias egipcios, sino que sufrían la servidumbre a regañadientes y a veces devolvían los golpes. El sacerdote de Osiris no pudo por menos de experimentar una secreta simpatía hacia aquellos intratables “de dura cerviz”, cuyos Ancianos, fieles a la tradición abrámica, adoraban sencillamente al Dios único, que veneraban sus jefes, sus *hags* y sus *zakens*, pero se rebelaban bajo el yugo y protestaban contra la injusticia. Un día vio a un guardia egipcio apaleando bárbaramente a un hebreo indefenso. Su corazón se sublevó, se lanzó sobre el egipcio, le quitó su arma y le mató en el acto. Esa acción, cometida en un hervor de indignación generosa, decidió de su vida. Los sacerdotes de Osiris que cometían un homicidio, eran severísimamente juzgados por el colegio sacerdotal. El faraón sospechaba ya que el hijo de su hermana era un usurpador. La vida del escriba sólo pendía de un hilo. Él prefirió desterrarse e imponerse él mismo su expiación. Todo le lanzaba a la soledad del desierto, hacia el vasto desconocido: su deseo, el presentimiento de su misión y sobre todo esa voz interna, misteriosa, pero irresistible, que dice en ciertas horas: “¡Vé!: es tu destino”.

Más allá del mar Rojo y de la península Sinaítica, en el país de Madián, había un templo que no dependía del sacerdocio egipcio. Aquella región se extendía, como una banda verde, entre el golfo alamítico y el desierto de la Arabia. A lo lejos, más allá del brazo de mar, se veían las masas sombrías del Sinaí y su cumbre pelada. Enclavado entre el desierto y el mar Rojo, protegido por un macizo volcánico, aquel país aislado se hallaba al abrigo de las invasiones. Su templo estaba consagrado a Osiris, pero también se adoraba en él al Dios soberano bajo el nombre de Aelohim. Porque aquel santuario, de origen etiópico, servía de centro religioso a los Árabes, a los Semitas y a los hombres de raza negra que buscaban la iniciación. Hacía siglos ya que el Sinaí y el Horeb eran así como el centro místico de un culto monoteísta. La grandeza desnuda y salvaje de la montaña, elevándose aislada entre el Egipto y la Arabia, evocaba la idea del Dios único. Muchos

Semitas iban allí en peregrinación para adorar a Aelohim y residían allí durante algunos días ayunando y orando en las cavernas y las galerías excavadas en las faldas del Sinaí. Antes de esto, iban a purificarse y a instruirse al templo de Madián.

Allí fue donde se refugió Hosarsiph. El gran sacerdote de Madián o Raguel (vigilante de Dios) se llamaba entonces Jetro (*Éxodo, III, 1*), que era un hombre de piel negra. (*Más tarde (Números III, 1), después del éxodo, Aarón y María, hermano y hermana de Moisés, según la Biblia, le reprochaban el haberse casado con un etiope. Jetro, padre de Sefhora, era pues de esta raza*). Él pertenecía al tipo más puro de la antigua raza etiópica, que cuatro o cinco mil años antes de Ramsés había reinado sobre Egipto y que no había perdido sus tradiciones, que se remontaban a las más viejas razas del globo. Jetro no era un inspirado ni un hombre de acción; pero era un sabio. Poseía tesoros de ciencia amontonados en su memoria y en las bibliotecas de piedra de su templo. Además, era el protector de los hombres del desierto, Libios, Árabes, Semitas nómadas. Esos eternos errabundos, siempre los mismos, con su vaga aspiración al Dios único, representaban algo inmutable en medio de los cultos efímeros y de las civilizaciones ruinosas. Se sentía en ellos como la presencia de lo Eterno, el memorial de las edades lejanas, la gran reserva de Aelohim. Jetro era el padre espiritual de aquellos insumisos, de aquellos errabundos, de aquellos libres. Él conocía su alma y presentía su destino. Cuando Hosarsiph vino a pedirle asilo en nombre de Osiris-Aelohim, le recibió con los brazos abiertos. Quizá adivinó en seguida en aquel hombre fugitivo, al predestinado para ser el profeta de los proscritos, el conductor del pueblo de Dios.

Hosarsiph quiso al pronto someterse a las expiaciones que la ley de los iniciados imponía a los homicidas. Cuando un sacerdote de Osiris había causado una muerte, aun involuntaria, se consideraba que perdía el beneficio de su resurrección anticipada “en la luz de Osiris”, privilegio que había obtenido por las pruebas de la iniciación y que le ponía muy por encima del común de los hombres. Para expiar su crimen, para volver a encontrar su luz interna, tenía que someterse a pruebas más crueles, exponerse otra vez más a la muerte. Después de un largo ayuno y por medio de ciertos brebajes se sumergía al paciente en un sueño letárgico; luego le depositaban en una tumba del templo. Su cuerpo quedaba allí durante días, a veces semanas enteras. (*Varios viajeros de nuestro siglo han visto a fakires indios hacerse enterrar después de sumergirse en el sueño cataléptico, indicando el día preciso en que debían desenterrarlos. Uno de ellos, después de tres*

*semanas de estar bajo tierra, fue encontrado vivo, sano y salvo*). Durante ese tiempo se consideraba que hacía un viaje en el más allá, en el Erebo o en la región del Amenti, donde flotan las almas de los muertos que no se han desligado aún de la atmósfera terrestre. Allá tenía que buscar a su víctima, sufrir sus angustias, obtener su perdón y ayudarla a encontrar el camino de la luz. Entonces únicamente se le consideraba como habiendo expiado su homicidio, y únicamente entonces su cuerpo astral se había lavado de las negras manchas con que le manchaban el soplo envenenado y las imprecaciones de su víctima. Pero de aquel viaje, real o imaginario, el culpable podía muy bien no volver, y con frecuencia cuando los sacerdotes iban a despertar al expiador de su sueño letárgico, no encontraban más que un cadáver.

Hosarsiph no dudó en sufrir esta prueba y otras más. Bajo la impresión del homicidio que había cometido, comprendió el carácter inmutable de ciertas leyes del orden moral y la turbación profunda que su infracción deja en el fondo de la conciencia. Con entera abnegación ofreció, pues, su ser en holocausto a Osiris demandando la fuerza, si volvía a la luz terrestre, de manifestar la ley de la justicia. Cuando Hosarsiph salió del temible sueño en el subterráneo del templo de Madián, *(Las siete hijas de Jetro de que habla la Biblia (Éxodo II, 16-22) tienen evidentemente un sentido simbólico, como toda esta narración, que nos ha llegado bajo una forma legendaria y por completo popularizada. Es más que inverosímil que el sacerdote de un gran templo haga a sus hijas apacentar sus ganados y que reduzca a un sacerdote egipcio al papel de pastor. — Las siete hijas de Jetro simbolizan siete virtudes que el iniciado tenía que conquistar para abrir el pozo de la verdad. Ese pozo es llamado en la historia de Agar y de Ismael “el pozo del viviente que me ve”)*, se sintió como transformado. Su pasado se había esfumado, el Egipto había cesado de ser su patria, y ante él la inmensidad del desierto con sus nómadas errantes, se extendía como un nuevo campo de acción. Miró largo tiempo a la montaña de Aelohim en el horizonte, y por primera vez, como en una visión de tempestad en las nubes del Sinaí, la idea de su misión pasó ante sus ojos. Fundir aquellas tribus movedizas en un pueblo de combate que representaría la ley del Dios supremo entre la idolatría de los cultos y la anarquía de las naciones, un pueblo que llevaría a los siglos futuros la verdad encerrada en el arca de oro de la iniciación.

En aquel día y para marcar la nueva era que comenzaba en su vida, Hosarsiph tomó el nombre de Moisés, que significa: “El salvado”.

### III EL SEIPHER BERESHIT

Moisés se casó con Sephora, la hija de Jetro, y vivió muchos años al lado del sabio de Madián. Gracias a las tradiciones etíopes y caldeas que encontró en su templo, pudo completar y dominar todo cuanto había aprendido en los santuarios egipcios, extender su mirada sobre los más antiguos ciclos de la humanidad y sumergirla por inducción en los horizontes lejanos del porvenir. En casa de Jetro fue donde encontró dos libros de cosmogonía citados en el Génesis: *Las guerras de Jehovah* y *Las generaciones de Adam*, y se abismó en aquel estudio.

Para la obra que meditaba era preciso estar bien preparado. Antes de él, Rama, Krishna, Hermes, Zoroastro, Fo-Hi habían creado religiones para los pueblos; Moisés quiso crear un pueblo para la religión eterna. Para ese proyecto tan atrevido, tan nuevo, tan colosal, se precisaba una base poderosa. Por este motivo Moisés escribió su *Sepher Bereshit*, su *Libro de los principios*, síntesis concentrada de la ciencia pasada y esquema de la ciencia futura, clave de los misterios, antorcha de los iniciados, punto de asamblea de toda la nación.

Tratemos de ver lo que fue el Génesis en el cerebro de Moisés. Ciertamente allí irradiaba otra luz, abrazaba mundos mucho más vastos que el mundo infantil y la pequeña tierra que nos aparece en la traducción griega de los Setenta, o en la traducción latina de San Jerónimo.

La exégesis bíblica de este siglo ha puesto de moda la idea de que el Génesis no es la obra de Moisés, que ese profeta mismo pudiera muy bien no haber existido y no ser más que un personaje puramente legendario, fabricado cuatro o cinco siglos más tarde por el sacerdocio judío, para atribuirse un origen divino. La crítica moderna funda esta opinión en la circunstancia de que el Génesis se compone de fragmentos diversos (elohista y jehovista) refundidos, y que su redacción actual es posterior al menos en cuatrocientos años a la época en que Israel salió de Egipto.

Los hechos establecidos por la crítica moderna, en cuanto a la época de la redacción de los textos que poseemos, son exactos; las conclusiones que de ello deduce son arbitrarias e ilógicas. De que los Elohistas y los Jehovistas hayan escrito cuatrocientos años después del éxodo, no se sigue que hayan

sido los inventores del Génesis y que no hayan trabajado sobre un documento anterior quizá mal comprendido. De que el Pentateuco nos dé un relato legendario de la vida de Moisés, no se deduce tampoco que no contenga nada de verdad. Moisés se convierte en un ser viviente, toda su prodigiosa carrera se explica, cuando se comienza por colocarle en su medio natal, el templo solar de Memphis. En fin, las profundidades mismas del Génesis sólo se disipan a la luz de las antorchas que nos dan las iniciaciones de Isis y Osiris.

Una religión no se constituye sin un iniciador. Los Jueces, los Profetas, toda la historia de Israel, prueban que existió Moisés; Jesús mismo no se concibe sin él. El Génesis contiene la esencia de la tradición mosaica y cualesquiera que sean las transformaciones que haya sufrido, la venerable momia debe contener, bajo el polvo de los siglos y los vendajes sacerdotales, la idea madre, el pensamiento vivo, el testamento del profeta de Israel.

Israel gravita alrededor de Moisés tan seguramente, tan fatalmente, como la tierra gira alrededor del sol. Pero dicho esto, otra cosa distinta es el saber cuáles fueron las ideas madres del Génesis, lo que Moisés ha querido legar a la posteridad en aquel testamento secreto del *Sepher Bereshit*. El problema sólo puede ser resuelto desde el punto de vista esotérico y se plantea de este modo. En su cualidad de iniciado egipcio, la intelectualidad de Moisés debía hallarse a la altura de la ciencia egipcia, que admitía, como la nuestra, la inmutabilidad de las leyes del universo, el desarrollo de los mundos por evolución gradual, y que tenía además sobre el alma y la naturaleza invisible, nociones extensas, precisas, razonadas. Si tal fue la ciencia de Moisés — ¿Y cómo no la hubiera tenido el sacerdote de Osiris? — ¿Cómo conciliarlo con las ideas infantiles del Génesis sobre la creación del mundo y sobre el origen del hombre?. Esta historia de la creación que tomada a la letra hace sonreír a cualquier estudiante de nuestros días, ¿no ocultará un profundo sentido simbólico y no habrá alguna clave para descifrarla?. ¿Cuál es aquel sentido?. ¿Dónde encontrar esta clave?.

Esta clave se encuentra: 1, en el simbolismo egipcio; 2, en el de todas las religiones del antiguo ciclo; 3, en la síntesis de la doctrina de los iniciados tal como resulta de la comparación de la enseñanza esotérica, desde la India védica hasta los iniciados cristianos de los primeros siglos.

Los sacerdotes de Egipto, nos dicen los autores griegos, tenían tres maneras de expresar su pensamiento. “La primera era clara y sencilla, la segunda simbólica y figurada, la tercera sagrada y jeroglífica. La misma palabra tomaba, según convenía, el sentido propio, figurado o trascendente. Tal era el genio de su lengua. Heráclito ha explicado perfectamente esa

diferencia designándola por los epítetos de *hablada, significativa y oculta*”. (*Fabre d’Olivet. Vers dores de Pythagore*).

En las ciencias teogónicas y cosmogónicas, los sacerdotes egipcios emplearon siempre la tercera clase de escritura. Sus jeroglíficos tenían entonces tres sentidos correspondientes y distintos. Los dos últimos no se podían comprender sin clave. Esta manera de escribir enigmática y concentrada estaba basada en un dogma fundamental de la doctrina de Hermes, según el cual una misma ley rige el mundo natural, el mundo humano y el mundo divino. Aquel lenguaje, de una concisión prodigiosa, ininteligible para el vulgo, tenía para el adepto una elocuencia singular, puesto que por medio de un solo signo evocaba los principios, las causas y los efectos que de la divinidad irradian en la naturaleza ciega, en la conciencia humana y en el mundo de los espíritus puros. Gracias a aquella escritura, el adepto abarcaba los tres mundos de una sola mirada.

Es indudable, dada la educación que Moisés recibiera, que escribió el Génesis en jeroglíficos egipcios de tres sentidos, confiando a sus sucesores las claves y la explicación oral. Cuando, en tiempo de Salomón, se tradujo el Génesis en caracteres fenicios; cuando, después de la cautividad de Babilonia, Esras lo redactó en caracteres arameos caldaicos, el sacerdocio judío sólo manejaba aquellas claves muy imperfectamente. Cuando, finalmente, vinieron los traductores griegos de la Biblia, éstos sólo tenían una débil idea del sentido esotérico de los textos. San Jerónimo, a pesar de sus serias intenciones y su gran espíritu, cuando hizo la traducción latina según el texto hebreo, no pudo penetrar hasta el sentido primitivo; y, aunque lo hubiese hecho, hubiera tenido que callarse. Luego, cuando leemos el Génesis en nuestras traducciones, sólo encontramos su sentido primario e inferior. Quiéranlo o no, los exégetas y los teólogos mismos, ortodoxos o librepensadores, sólo ven el texto hebreo a través de la Vúlgata. El sentido comparativo y superlativo, que es el sentido profundo y verdadero, se les escapa. Sin embargo, no deja por eso de estar menos misteriosamente oculto en el texto hebreo, que se hunde por sus raíces en la lengua sagrada de los templos, refundida por Moisés; lenguaje en que cada vocal, cada consonante, tenían un sentido universal en relación con el valor acústico de la letra y el estado de alma del hombre que la pronuncia. Para los intuitivos, ese sentido profundo brota a veces del texto como una chispa; para los videntes, reluce en la estructura fonética de las palabras adoptadas o creadas por Moisés: sílabas mágicas donde el iniciado de Osiris fundió su pensamiento, como un metal sonoro en un molde perfecto. Por el estudio de ese fonetismo que lleva la huella de la lengua sagrada de los tiempos antiguos,

por las claves que nos da la Cábala, de las cuales algunas remontan hasta Moisés, en fin por el esoterismo comparado, hoy podemos entrever y reconstruir el Génesis. De este modo, el pensamiento de Moisés saldrá brillante como el oro del crisol de los siglos, de las escorias de una teología primitiva y de las cenizas de la crítica negativa \*.

Dos ejemplos van a poner en claro lo que era la lengua sagrada de los antiguos templos, y de qué modo se corresponden los tres sentidos en los símbolos de Egipto y en los del Génesis. En una multitud de monumentos egipcios se ve una mujer coronada, sosteniendo en una mano la cruz ansata, símbolo de la vida eterna, y en la otra un cetro en forma de flor de loto, símbolo de la iniciación. Era la diosa Isis. Pero Isis tiene tres sentidos diferentes. En sentido propio, significa la Mujer, y, por consiguiente, el género femenino universal. En sentido comparativo, personifica el conjunto de la naturaleza terrestre con todas sus potencialidades conceptivas. En el superlativo, simboliza la naturaleza celeste e invisible, el elemento propio de las almas y de los espíritus, la luz espiritual e inteligible por sí misma, que únicamente confiere la iniciación. El símbolo que corresponde a Isis en el texto del Génesis y en la intelectualidad judeo-cristiano es **EVÉ**, Heva, la Mujer eterna. Esta Eva no es solamente la mujer de Adam, sino también la esposa de Dios. Ella constituye las tres cuartas partes de su esencia. Porque el nombre del Eterno **IEVÉ**, que impropriamente hemos llamado Jehovah y Javeh, se compone del prefijo Jod y del nombre de Evé. El gran sacerdote de Jerusalem pronunciaba una vez al año el nombre divino enunciándolo letra por letra de la manera siguiente: Jod, he, vau, he. La primera expresaba el pensamiento divino (*La natura naturans de Spinoza*) y las ciencias teogónicas; las tres letras del nombre de Evé expresaban tres órdenes de la naturaleza (*La natura naturata del mismo Spinoza*), los tres mundos en que aquel pensamiento se realiza, y, por consiguiente, las ciencias cosmogónicas, psíquicas y físicas que a ello corresponden. (*He aquí como Favre d'Olivet explica el nombre IEVÉ: "Este nombre presenta por de pronto el signo indicador de la vida, duplicado y formando la raíz esencialmente viva EE (הה). Esta raíz nunca se emplea como nombre y es la única que goza de esta prerrogativa. Ella es, desde su formación, no solamente un verbo, sino un verbo único del que los otros no son más que derivados: en una palabra, el verbo EVE (הוה), ser, siendo. Aquí, como se ve y como he tenido cuidado de explicarlo en mi gramática, el signo inteligible Vau está en medio de la raíz de la vida. Moisés, tomando este verbo por excelencia para formar el nombre propio del Ser de los seres, le agrega el signo de la manifestación potencial y de la eternidad*

---

(<sup>o</sup>) y obtiene IEVE (יהוה), en el cual el facultativo siendo se encuentra colocado entre un pasado sin origen y un futuro sin término. Este nombre admirable significa, pues, exactamente: *El Ser que es, que fue y que será*).

Lo Inefable contiene en su profundo seno lo Eterno masculino y lo Eterno femenino. Su unión indisoluble forma su poder y su misterio. He aquí lo que Moisés, enemigo jurado de toda imagen de la divinidad, no decía al pueblo; pero lo ha consignado de un modo figurado en la estructura del nombre divino, explicándolo sólo a sus adeptos. De este modo, la naturaleza velada en el culto judaico se oculta en el nombre mismo de Dios. La esposa de Adam, la mujer curiosa, culpable y encantadora, nos revela sus afinidades profundas con la Isis terrestre y divina, la madre de los dioses que muestra en su seno profundo torbellinos de almas y de astros.

Otro ejemplo: Un personaje que juega gran papel en la historia de Adam y Eva, es la serpiente. El Génesis le llama Nahash. Más ¿Qué significaba la serpiente para los antiguos templos?. Los misterios de la India, de Egipto y de Grecia responden al unísono: La serpiente arrollada en círculo significa la vida universal cuyo mágico agente es la luz astral. En un sentido más profundo aún. Nahash quiere decir la fuerza que pone esta vida en movimiento, la atracción mutua de los seres, en la que Geoffroy Saint-Hilaire veía la razón de la gravitación universal. Los griegos la llamaban Eros, el Amor o el Deseo. Apliquemos estos dos sentidos a la historia de Adam y Eva y de la serpiente, y veremos que la caída de la primera pareja humana, el famoso pecado original viene a ser el vasto desarrollo de la naturaleza divina, universal, con sus reinos, sus géneros y sus especies en el círculo formidable y necesario de la vida.

Estos dos ejemplos nos han permitido lanzar una primera ojeada en las profundidades del Génesis mosaico. Entrevemos ya lo que era la cosmogonía para un iniciado antiguo y lo que la distinguía de una cosmogonía en el sentido moderno.

Para la ciencia moderna, la cosmogonía se reduce a una cosmografía. Se encontrará en ella la descripción de una porción del universo visible con un estudio sobre el encadenamiento de las causas y de los efectos físicos en una esfera dada. Será, por ejemplo, el sistema del mundo de Laplace en que la formación de nuestro sistema solar trata de adivinarse por su funcionamiento actual y se deduce de la sola materia en movimiento, lo cual es sólo una pura hipótesis. Tomemos otro ejemplo en la historia de la tierra, cuyas capas superpuestas son los testigos irrefutables. La ciencia antigua no

ignoraba este desenvolvimiento del universo visible, y si bien precisaba menos que la ciencia moderna, había formulado intuitivamente las leyes generales.

Pero esto no era para los sabios de la India y de Egipto más que el aspecto exterior del mundo, su movimiento reflejo, y buscaban la explicación en su aspecto interno, en su movimiento directo y originario. Ellos la encontraban en otro orden de leyes que se revela a nuestra inteligencia. Para la ciencia antigua el universo sin límites no era una materia muerta regida por leyes mecánicas, sino un todo viviente dotado de una inteligencia, de un alma y de una voluntad. Este gran animal sagrado tenía innumerables órganos correspondientes a sus facultades infinitas. Al modo como en el cuerpo humano los movimientos resultaban del alma que piensa, de la voluntad que obra, así, a los ojos de la ciencia antigua *el orden visible del universo sólo era la repercusión de un orden invisible*, es decir, de las fuerzas cosmogónicas y de las mónadas espirituales, reinos, géneros y espacios que, por su perpetua *involución* en la materia, producen la *evolución* de la vida. Mientras la ciencia moderna sólo considera lo exterior, la corteza del universo, la ciencia de los templos antiguos tenía por objeto revelar lo interior, descubrir sus mecanismos ocultos. Ella no extraía la inteligencia de la materia, sino la materia de la inteligencia. Ella no hacía nacer el universo de la danza ciega de los átomos, sino que generaba los átomos por las vibraciones del alma universal. En una palabra, procedía por círculos concéntricos de lo universal a lo particular, de lo Invisible a lo visible, del Espíritu puro a la Substancia organizada, de Dios al hombre. Este orden descendente de las Fuerzas y de las Almas inversamente proporcional al orden ascendente de la vida y de los Cuerpos, era la ontología o ciencia de los principios inteligibles y constituía el fundamento de la cosmogonía.

Todas las grandes iniciaciones de la India, Egipto, Judea y Grecia, las de Krishna, de Hermes, de Moisés y de Orfeo, han conocido bajo formas diversas este orden de los principios, de los poderes, de las almas, de las generaciones que descienden de la causa primera, del Padre inefable.

El orden descendente de las encarnaciones es simultáneo del orden ascendente de las vidas y sólo esto puede explicarlo. La involución produce la evolución y la hace ver.

En Grecia, los templos masculinos y dóricos, los de Júpiter y de Apolo, sobre todo el de Delphos fueron los únicos que poseyeron a fondo el orden descendente. Los templos jónicos o femeninos sólo los conocieron de un modo imperfecto. Al hacerse jónica toda la civilización griega, la ciencia y el orden dóricos se velaron de más en más. Pero no es por esto menos incontestable

que sus grandes iniciadores, sus héroes y sus filósofos, de Orfeo a Pitágoras, de Pitágoras a Platón y de éste a los Alejandrinos, dependen de este orden. Todos ellos reconocieron a Hermes por maestro.

Volvamos al Génesis. En el pensamiento de Moisés, hijo también de Hermes, los diez primeros capítulos del Génesis constituían una verdadera ontología, según el orden y la filiación de los principios. Todo lo que tiene un comienzo debe tener un fin. El Génesis relata a la vez la evolución en el tiempo y la creación en la eternidad, la única digna de Dios.

Me reservo el exponer en el *Libro de Pitágoras* un cuadro viviente de la teogonía y de la cosmogonía esotérica, en un esquema menos abstracto que el de Moisés y más cercano del espíritu moderno. A pesar de la forma politeísta, a pesar de la extrema diversidad de símbolos, el sentido de esta cosmogonía pitagórica, según la iniciación órfica y los santuarios de Apolo, es idéntica en el fondo a la del profeta de Israel. En Pitágoras está como iluminada por su complemento natural: la doctrina del alma y de su evolución. Se enseñaba en los santuarios griegos bajo los símbolos del mito de Perséfone. Se llamaba también *la historia terrestre y celeste de Psiquis*. Esta historia que corresponde a lo que el cristianismo llama la *redención*, falta por completo en el Antiguo Testamento. No porque Moisés y los profetas lo ignorasen, sino porque la juzgaban demasiado elevada para la enseñanza popular y la reservaban para la tradición oral de los iniciados. La divina Psiquis estuvo tan largo tiempo oculta bajo los símbolos herméticos de Israel, para personificarse al fin en la aparición etérea y luminosa de Cristo.

En cuanto a la cosmogonía de Moisés, tiene la áspera concisión del genio semítico y la precisión matemática del genio egipcio. El estilo del relato recuerda las figuras que revisten el interior de las tumbas de los reyes; rectas, secas y severas, encierran en su dura desnudez un misterio impenetrable. El conjunto hace pensar en una construcción ciclópea; pero acá y allá, como un chorro de agua entre los bloques gigantescos, el pensamiento de Moisés brota con la impetuosidad del fuego inicial entre los versículos temblorosos de los traductores. En los primeros capítulos, de incomparable grandeza, se siente pasar el aliento de Aelohim, que vuelve una a una las pesadas páginas del universo.

Antes de dejarlos, lancemos aún una mirada sobre algunos de esos poderosos jeroglíficos, compuestos por el profeta del Sinaí. Como la puerta de un templo subterráneo, cada uno da paso a una galería de verdades ocultas que iluminan con sus lámparas inmóviles la serie de los mundos y de los tiempos. Tratemos de penetrar en ellos con las claves de la iniciación.

Tratemos de ver esos símbolos extraños, esas fórmulas mágicas en su potencia de fuego de la hoguera de su pensamiento.

En una cripta del templo de Jetro, Moisés, sentado sobre un sarcófago, medita solo. Muros y pilastras están cubiertos de jeroglíficos y de pinturas que representan los nombres y las figuras de los Dioses de todos los pueblos de la tierra. Estos símbolos resumen la historia de los ciclos desvanecidos y predicen los futuros ciclos. Una lámpara de nafta posada en tierra ilumina débilmente aquellos signos, de los que cada uno le habla en su lengua. Pero él ya no ve nada del mundo exterior; busca en sí mismo el Verbo de su libro, la figura de su obra, la Palabra que será la Acción. La lámpara se ha apagado: pero ante su ojo interno, en la oscuridad de la cripta, resplandece este nombre:

### **IEVÉ**

La primera letra I tiene el color blanco de la luz — las otras tres brillan como un fuego cambiante en que se desarrollan todos los colores del arco iris. ¡Y qué extraña vida en aquellos caracteres! Moisés percibe en la letra inicial, el Principio masculino, Osiris, el Espíritu creador por excelencia — en Evé la facultad conceptiva, la Isis celeste que forma una parte. De este modo las facultades divinas, que contiene en potencia todos los mundos, se despliegan y ordenan en el seno de Dios. Por su unión perfecta, el Padre y la Madre inefable forman el Hijo, el Verbo viviente que crea el universo. He aquí el misterio de los misterios, cerrado para los sentidos, pero que habla por el signo del Eterno como el Espíritu habla al Espíritu. Y el tetragrama sagrado brilla con luz más y más intensa. Moisés ve brotar de él, en grandes fulguraciones, los tres mundos, todos los reinos de la naturaleza y el orden sublime de las ciencias. Entonces su mirada ardiente se concentra sobre el signo masculino del Espíritu creador. A él invoca para descender en el orden de las creaciones y tomar de la voluntad soberana la fuerza de llevar a cabo su creación, después de haber completado la obra del Eterno. Y he aquí que en las tinieblas de la cripta reluce el otro nombre divino:

### **AELOHIM**

Este nombre significa para el iniciado: El — los Dioses, el Dios de los Dioses. (*Aelohim es el plural de Aelo, nombre dado al Ser supremo por los Hebreos y Caldeos, derivándose de la raíz Ael, que pinta la elevación y la potencia expansiva, y que significa, en un sentido universal, Dios. — Hoa,*

---

*es decir, Él, es un hebreo, en caldeo, en siriaco, en etiópico y en árabe, uno de los nombres sagrados de la divinidad. — Fabre d'Olivet, La langue hébraïque restituée*). Ya no es el Ser replegado en sí mismo y en lo absoluto, sino el Señor de los mundos cuyo pensamiento florece en millones de estrellas, esferas móviles de universos flotantes. “En el principio Dios creó los cielos y la tierra”. Pero esos cielos no fueron al principio más que el pensamiento del tiempo y del espacio sin límites, habitados por el espacio y el silencio. “Y el soplo de Dios se movía sobre la faz del abismo?”. (“*Ruah Aelohim, el soplo de Dios único, indica figurativamente un movimiento hacia la expansión, la dilatación. Es, en un sentido jeroglífico, la fuerza opuesta a la de las tinieblas. Si la potencia oscuridad caracteriza un poder compresivo, la palabra ruah caracterizará una fuerza expansiva. Se encontrará siempre, en todo caso, ese sistema eterno de dos fuerzas opuestas que los sabios y los eruditos de todos los siglos, desde Parménides y Pitágoras, hasta Descartes y Newton, han visto en la naturaleza y señalado con nombres diferentes*”). — *Fabre d'Olivet. La langue hébraïque restituée*). ¿Qué saldrá al principio de su seno?. ¿Un sol?. ¿Una tierra?. ¿Una nebulosa?. ¿Una sustancia cualquiera de este mundo visible?. No. Lo que primero nació de Él fue Aur, la Luz. Pero esta luz no es la luz física, es la luz inteligible nacida del estremecimiento de la Isis celeste en el seno del Infinito; alma universal, luz astral, sustancia que hace las almas y adonde ellas se abren como en un fluido etéreo; elemento sutil por el cual el pensamiento se transmite a distancias infinitas, luz divina, anterior y posterior a la de todos los soles. Al principio ella se expansiona en el Infinito, es el poderoso respir de Dios; luego vuelve sobre sí misma con un movimiento de amor profundo, aspir del Eterno. En las ondas del divino éter palpitan, como bajo un velo translúcido, las formas astrales de los mundos y de los seres. Y todo ello se resume para el Mago-Vidente en las palabras que él pronuncia y que relucen en las tinieblas en caracteres chispeantes:

### **RUA AELOHIM AUR**

*(Soplo — Aelohim — Luz. Estos tres nombres son el resumen jeroglífico del segundo y tercer versículos del Génesis. He aquí en letras latinas el texto hebreo del tercer versículo: Wa—naemer, Aelohim, iéhi-aur, wa iehi aur. He aquí la traducción literal que de ello da Fabre d'Olivet: “Y dijo Él, el Ser de los seres: será hecha luz, y fue hecha luz (elementización inteligible”.* — *La palabra rua, que significa el soplo, se*

---

*encuentra en el segundo versículo. Se notará que la palabra aur, que significa luz, es la palabra rua invertida. El soplo divino volviendo sobre sí mismo crea la luz inteligible).*

“Que la luz sea y la luz fue”. El soplo de Aelohim es la Luz.

Del seno de esta luz primitiva, inmaterial, brotan los seis primeros días de la Creación, es decir, las semillas, los principios, las formas, las almas de vida de toda cosa. Es el Universo en potencia, anterior a la letra y según el Espíritu. ¿Cuál es la última palabra de la Creación?, la fórmula que resume al Ser en acto, el Verbo vivo en quien aparece el pensamiento primero y último del Ser absoluto. Es:

### **ADAN-EVA**

El Hombre-Mujer. Este último no representa en ningún modo, como lo enseñan las iglesias y lo creen nuestros exégetas, la primera pareja humana de nuestra tierra, sino Dios personificado en el Universo y el género humano tipificado: la Humanidad universal a través de todos los ciclos. “Dios creó el hombre a su imagen; le creó varón y hembra”. Esta pareja divina es el verbo universal por el cual Ievé manifiesta su propia naturaleza a través de los mundos. La esfera donde habita primitivamente y que Moisés abarca con su poderoso pensamiento, no es el jardín del Edén, el legendario paraíso terrestre, sino la esfera temporal sin límites de Zoroastro, la tierra superior de Platón, el reino celeste universal, Hedén, Hadana, substancia de todas las tierras. ¿Pero qué será la evolución de la Humanidad en el tiempo y en el espacio?. Moisés la contempla bajo una forma concentrada en la historia de la caída. En el Génesis, Psiquis, el Alma humana se llama Aisha, otro nombre de Eva. *(Génesis II, 23. Aisha, el Alma, asimilada aquí a la Mujer, es la esposa de Aish, el Intelecto, asimilado al hombre. Ella es tomada por él y constituye su mitad inseparable: su facultad volitiva. — La misma relación existe entre Dionysios y Persephona en los Misterios órficos).*

Su patria es Shamaim, el cielo. Ella vive allí dichosa en el éter divino, pero sin conocimiento de sí misma. Ella goza del cielo sin comprenderlo. Pues para comprenderlo, es preciso haberlo olvidado y recordarlo de nuevo; para amarlo, es preciso haberlo perdido y reconquistado. Ella sólo aprenderá por el sufrimiento y no comprenderá más que por la caída. ¡Y qué caída!; bastante más profunda y trágica que la de la Biblia infantil que leemos. Atraída hacia el abismo tenebroso por el deseo de conocimiento, Aisha se deja caer... Cesa de ser el alma pura, dotada sólo de un cuerpo sideral y viviendo

del divino éter. Se reviste con un cuerpo material y entra en el círculo de las generaciones; y sus encarnaciones no son una, sino ciento, mil, en cuerpos cada vez más groseros según los astros donde habita.

Desciende de mundo en mundo..., desciende y olvida... Un velo negro cubre su ojo interno; sumergida la divina conciencia, oscurecido el recuerdo del cielo en el espeso tejido de la materia. Pálida como perdida esperanza, luce en ella una débil reminiscencia de su antigua felicidad. De esta chispa tendrá que renacer y regenerarse.

Sí, Aisha vive aún en esa pareja desnuda que yace sin defensa sobre una tierra salvaje, bajo un cielo enemigo donde retumba el trueno. ¿Cuál es el paraíso perdido? — La inmensidad del cielo velado, detrás y ante ella.

Moisés contempla así las generaciones de Adam en el universo. *(En la versión samaritana de la Biblia, al nombre de Adam está unido el epíteto universal, infinito. Es, pues, del género humano de lo que se trata, del reino hominal en todos los ciclos)*. Considera en seguida el destino del hombre sobre la tierra y ve los ciclos pasados y el presente. En el Aisha terrestre, en el alma de la humanidad, la conciencia de Dios había brillado en otro tiempo con el fuego de Agni, en el país de Kush, en las vertientes del Himalaya.

Pero está ya próxima a extinguirse en la idolatría, bajo la tiranía asiria, entre los pueblos disociados y los dioses que se entre devoran. Moisés se jura a sí mismo el despertarla estableciendo el culto de Aelohim.

La humanidad colectiva, así como el hombre individual, debieran ser la imagen de Ievé. ¿Pero dónde encontrar el pueblo que la encarna y que sea el Verbo viviente de la humanidad?.

Entonces Moisés, habiendo concebido su Libro y su Obra, habiendo sondeado las tinieblas del alma humana, declara la guerra a la Eva terrestre, a la naturaleza débil y corrompida. Para combatirla y levantarla de nuevo, invoca al Espíritu, al Fuego original y todopoderoso, Ievé, a cuya fuente acaba de remontarse. Siente que sus efluvios le abrasan y le templan como el acero. Su nombre es Voluntad.

Y en el silencio negro de la cripta, Moisés oye una voz que sale de las profundidades de su conciencia, vibra como una luz y dice: “Ve a la montaña de Dios, hacia Horeb”.

*\* (El verdadero restaurador de la cosmogonía de Moisés es un hombre de genio hoy casi olvidado, a quien Francia hará justicia el día en que la ciencia esotérica, que es la ciencia integral y religiosa, quede reedificada sobre bases indestructibles. — Fabre d'Olivet no podía ser*

*comprendido por sus contemporáneos, pues se había adelantado en un siglo a su época. Espíritu universal, poseía en el mismo grado tres facultades cuya unión forma las inteligencias trascendentales: la intuición, el análisis y la síntesis. Nacido en Ganges (Herauld) en 1767, abordó el estudio de las doctrinas místicas del Oriente, después de haber adquirido una noción profunda de las ciencias, las filosofías y las literaturas del Occidente; Court de Gebelin, en su Monde primitif, le dio los primeros vislumbres sobre el sentido simbólico de los mitos de la antigüedad y la lengua sagrada de los templos. Para iniciarse en las doctrinas de Oriente, aprendió el chino, el sánscrito, el árabe y el hebreo. En 1815, publicó su libro capital: La Langue hébraïque restituée. Este libro contiene: 1º, una introducción sobre el origen de la palabra; 2º, una gramática hebrea fundada sobre nuevos principios; 3º, las raíces hebraicas, según la ciencia etimológica; 4º, un discurso preliminar; 5º, una traducción francesa e inglesa de los diez primeros capítulos del Génesis que contiene la cosmogonía de Moisés. A esta traducción acompaña un comentario del mayor interés. Aquí únicamente puedo resumir los principios y la substancia de este libro revelador que está penetrado del más profundo espíritu esotérico, y construido por el método científico más riguroso. El método de que se vale Fabre d'Olivet para penetrar en el sentido íntimo del texto hebraico del Génesis, es la comparación del hebreo con el árabe, el siriaco, el arameo y el caldeo, desde el punto de vista de las raíces primitivas y universales, de las que da un léxico admirable, apoyado por ejemplos tomados en todas las lenguas, léxico que puede servir de clave para los nombres sagrados de todos los pueblos. De todos los libros esotéricos sobre el Antiguo Testamento, el de Fabre d'Olivet nos da las claves más seguras, y, además, una luminosa exposición de la historia de la Biblia, y las razones aparentes por las que el sentido oculto se ha perdido y es, hasta nuestros días, profundamente ignorado por la ciencia y la teología oficiales.*

*Después de hablar de este libro, diré algunas palabras de otra obra más reciente que procede de aquélla, y que, además de su mérito propio, ha tenido el de llamar la atención de algunos investigadores independientes sobre su primer inspirador. Éste libro es La Muñón des Juifs, de Mr. Saint-Ives d'Alveydre (1884, Calmann Lévy). M. Saint-Ives debe su iniciación filosófica a los libros de Fabre d'Olivet. Su interpretación del Génesis es esencialmente la de la Langue hébraïque restituée, su metafísica la de los Versos dorados de Pitágoras, su filosofía de la historia y el cuadro*

*general de su obra se han extraído de la Histoire philosophique da genre humain. Recogiendo sus ideas principales, uniendo materiales propios y elaborándolos a su modo, ha construido un edificio nuevo, de gran riqueza, de valor desigual y de un género compuesto. Recogiendo sus ideas principales, uniendo materiales propios Su finalidad es doble. Probar que la ciencia y la religión de Moisés fueron la resultante necesaria de los movimientos religiosos que le precedieron en Asia y en Egipto, lo que Fabre d'Olivet había hecho ya ver en sus obras geniales; probar en seguida que el gobierno ternario y arbitral, compuesto de los tres poderes, económico, judicial y religioso o científico, fue en todos los tiempos un corolario de la doctrina de los iniciados y una parte constitutiva de las religiones del antiguo ciclo, anteriores a Grecia. Tal es la idea propia de Mr. Saint-Ives, idea fecunda y digna de la mayor atención. El llama a este gobierno: sinarquía o gobierno según los principios; encuentra en él la ley social orgánica, la única salvación del porvenir. No es éste el sitio de examinar hasta qué punto el autor ha demostrado históricamente su tesis. Mr. Saint-Ives no gusta de citar sus fuentes, procediendo con demasiada frecuencia por simples afirmaciones, sin temer a las hipótesis atrevidas, siempre que favorezcan a su idea preconcebida. Pero su libro, de una rara elevación, de una vasta ciencia esotérica, abunda en páginas de un gran aliento, en cuadros grandiosos, en vislumbres profundos y nuevos. Mis concepciones difieren de las suyas en muchos puntos, sobre todo la de Moisés, a quien Mr. Saint-Ives ha dado, a mi parecer, proporciones demasiado gigantescas y legendarias. Dicho esto me apresuro a reconocer el gran valor de su libro extraordinario, al que mucho debo. Cualquiera que sea la opinión que se tenga de la obra de Mr. Saint-Ives, es preciso reconocerle un mérito ante el cual nos inclinamos: el de una vida entera consagrada a una idea. Véase su Minos des souverains y su France vraie, donde Mr. Saint-Ives ha hecho justicia, aunque un poco tarde, y como a pesar suyo, a su maestro Fabre d'Olivet. La natura naturans de Spinoza. La natura naturata del mismo).*

## IV LA VISIÓN DEL SINAÍ

Una sombría masa de granito, tan desnuda, tan abarrancada bajo el esplendor del Sol, que se la diría surcada de relámpagos y esculpida por el rayo. Es la cumbre del Sinaí, el trono de Aelohim, dicen los hijos del desierto. Enfrente, una montaña más baja, las rocas del Serbal, también abrupta y salvaje. En sus vertientes, minas de cobre, cavernas. Entre las dos montañas, un valle negro, un caos de piedras que los árabes llaman el Horeb, el mismo de la leyenda semítica. Es lúgubre este valle desolado cuando la noche cae en él con la sombra del Sinaí; más lúgubre aún cuando la montaña se toca con un casco de nubes, del que se escapan siniestros resplandores. Entonces un viento terrible sopla en el estrecho pasadizo. Se dice que allí Aelohim derriba a los que tratan de luchar con él y les lanza a los abismos donde se hunden las trombas de lluvias. Allí también, dicen los Madianitas, vagan las sombras malhechoras de los gigantes, de los *Refaim*, que derrumban las rocas sobre los que tratan de subir al lugar santo. La tradición popular quiere también que el Dios del Sinaí aparezca a veces en el fuego fulgurando como una cabeza de Medusa con plumas de águila. Desgraciados los que ven su rostro. Verlo es morir.

He aquí lo que contaban los nómadas por la noche en sus relatos, bajo la tienda, cuando dormían los camellos y las mujeres. La verdad es que únicamente los más osados de entre los iniciados de Jetro subían a la caverna del Serbal y allí pasaban con frecuencia varios días en el ayuno y la oración. Los sabios de la Idumea habían encontrado allí inspiración. Era un lugar consagrado desde tiempo inmemorial a las visiones sobrenaturales, a los Aelohim o espíritus luminosos. Ningún sacerdote, ningún cazador, hubiese conducido allí a un peregrino.

Moisés había subido sin temor por el barranco de Horeb. Había atravesado intrépidamente el valle de la muerte y su caos de rocas. Como todo esfuerzo humano, la iniciación tiene sus fases de humildad y de orgullo. Al subir las pendientes de la santa montaña, Moisés había llegado a la cumbre del orgullo, porque también tocaba a la cumbre del poder humano y creía ya sentirse uno o unificado con el Ser supremo. El Sol de ardiente púrpura se inclinaba sobre el macizo volcánico del Sinaí, y las sombras violáceas se

ocultaban en los valles, cuando Moisés se encontró ante una caverna, cuya entrada protegía una escasa vegetación de terebintos. Se preparaba a penetrar en ella, pero quedó como cegado por una luz súbita que le envolvió. Le pareció que el suelo ardía bajo él y que las montañas de granito se habían transformado en un mar de llamas. A la entrada de la gruta, una aparición deslumbradora le miraba y con su espada le cerraba el paso. Moisés cayó como herido por el rayo: su cara contra tierra. Todo su orgullo había desaparecido. La mirada del Ángel le había traspasado con su luz. Y además, con ese sentido profundo de las cosas que se despierta en el estado visionario, había comprendido que aquel ser iba a imponerle obligaciones terribles. Hubiese querido escapar a su misión y esconderse bajo tierra como un reptil miserable.

Mas una voz dijo:

— ¡Moisés!. ¡Moisés!.

Y él respondió:

— Heme aquí.

— No te acerques. Descálzate. Porque el lugar donde te encuentras es tierra santa.

Moisés ocultó la cara entre sus manos. Tenía miedo de ver al Ángel y encontrar su mirada.

Y el Ángel le dijo:

— Tú que buscas a Aelohim, ¿Por qué tiembles ante mí?.

— ¿Quién eres?.

— Un rayo de Aelohim, un Ángel Solar, un mensajero de Aquel que es y que será.

— ¿Qué ordenas?.

— Dirás a los hijos de Israel: el Eterno, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros, para retiraros del país de servidumbre.

— ¿Quién soy — dijo Moisés — para retirar a los hijos de Israel de Egipto?.

— Vé — dijo el Ángel —, porque estaré contigo. Yo pondré el fuego de Aelohim en tu corazón y su verbo en tus labios. Hace cuarenta años que le evocas. Tu voz ha llegado hasta él. Ahora yo te tomo en su nombre. ¡Hijo de Aelohim, me perteneces para siempre!.

Y Moisés, alentado, exclamó:

— ¡Muéstrame a Aelohim!. ¡Que yo vea su fuego viviente!.

Levantó la cabeza. Pero el mar de llamas se había desvanecido como el

relámpago. El sol había descendido sobre los volcanes apagados del Sináí; un silencio de muerte se extendía sobre el valle de Horeb, y una voz que parecía desarrollarse en lo azul y perderse en el infinito, decía: “Yo soy Aquel que es”.

Moisés salió de esta visión como aniquilado. Creyó por un instante que su cuerpo había sido consumido por el fuego del éter. Pero su espíritu era más fuerte. Cuando volvió a descender hacia el templo de Jetro, se encontraba presto para su obra. Su idea llena de vida marchaba ante él como el Ángel armado con la espada de fuego.

## V EL ÉXODO - EL DESIERTO MAGIA Y TEURGIA

El plan de Moisés era uno de los más extraordinarios, de los más audaces que un hombre haya jamás concebido. Arrancar un pueblo al yugo de una nación tan poderosa como el Egipto, conducirlo a la conquista de un país ocupado por poblaciones enemigas y mejor armadas, arrastrarle durante diez, veinte, cuarenta años por el desierto; abrasarle por la sed, extenuarle por el hambre; hostigarle como a un caballo de sangre bajo las flechas de los Hetitas y de los Amalecitas prontos a despedazarle, aislarle con su tabernáculo del Eterno en medio de aquellas naciones idólatras. Imponerle el monoteísmo con violencia de fuego e inspirarle un temor tai, una tal veneración hacia aquel Dios único, que éste se encarnó en su carne, viniendo a ser su símbolo nacional, el objetivo de todas sus aspiraciones y la razón de su existencia. Tal fue la obra inaudita de Moisés.

El éxodo fue concertado y preparado de antemano por el profeta, los principales jefes israelitas y Jetro. Para ejecutar su plan, Moisés aprovechó un momento en que Menephtah, su antiguo compañero de estudios, que era Faraón, tuvo que rechazar la invasión temible del rey de los Libios, Mermaiu. El ejército egipcio, ocupado por completo en la frontera Oeste, no pudo contener a los hebreos, y la emigración en masa se operó con toda tranquilidad.

He aquí pues en marcha a los Beni-Israel. Aquella larga fila de caravanas, llevando las tiendas sobre camellos, seguida de grandes rebaños, se prepara para contornear el mar Rojo. Aun no son más que algunos millares de hombres. Más tarde, la emigración se engruesa “con toda clase de gentes”, como dice la Biblia: Cananeos, Edomitas, Árabes, Semitas de todo género, atraídos y fascinados por el profeta del desierto, que de todos los extremos del horizonte les evoca para moldearlos a su guisa. El núcleo de aquel pueblo está formado por los Beni-Israel, hombres rectos, pero duros, obstinados y rebeldes. Sus *hags* o sus jefes les han enseñado el culto del Dios único, que, constituye entre ellos una alta tradición patriarcal. Pero en aquellas naturalezas primitivas y violentas, el monoteísmo no es aún más que una

conciencia mejor e intermitente. En cuanto sus malas pasiones se despiertan, el instinto del politeísmo, tan natural al hombre, domina. Entonces vuelven a caer en las supersticiones populares, en la brujería y en las prácticas idólatras de las poblaciones vecinas de Egipto y de Fenicia, que Moisés va a combatir con leyes draconianas.

Alrededor del profeta que manda en aquel pueblo, hay un grupo de sacerdotes presididos por Aarón, su hermano de iniciación, y por la profetisa María, que representa ya en Israel la iniciación femenina. Aquel grupo constituye el sacerdocio. Con ellos, setenta jefes elegidos o iniciados laicos, se agrupan alrededor del profeta de Ievé, que les confiará su doctrina secreta y su tradición oral, que les transmitirá una parte de sus poderes y les asociará a veces a sus inspiraciones y a sus visiones.

En el corazón de aquel grupo se lleva el arca de oro; Moisés ha tomado la idea de los templos egipcios en que servía de arcano para los libros teúrgicos; pero la ha hecho refundir sobre un modelo nuevo para sus designios personales. El arca de Israel esta flanqueada por cuatro querubines de oro, parecidos a esfinges y semejantes a los cuatro animales simbólicos de la visión de Ezequiel. Uno tiene cabeza de león, el otro de toro, el tercero de águila y el cuarto una cabeza de hombre. Ellos personifican los cuatro elementos universales: la tierra, el agua, el aire y el fuego; y también los cuatro mundos representados por las letras del tetragrama divino. Con sus alas los querubines cubren el propiciatorio.

Aquella arca será el instrumento de los fenómenos eléctricos y luminosos producidos por la magia del sacerdote de Osiris, fenómenos que, exagerados por la leyenda, engendraron los relatos bíblicos, arca de oro contiene además el *Sepher Bereshi* o libro de Cosmogonía redactado por Moisés en jeroglíficos egipcios, y la vara mágica del profeta llamada verga por la Biblia. También contendrá el libro de la alianza o la ley del Sinaí. Moisés llama al arca el trono de Aelohim; porque en ella reposa la tradición sagrada, la misión de Israel, la idea de Ievé.

¿Qué constitución política dio Moisés a su pueblo?. Sobre este extremo, es preciso citar uno de los pasajes más curiosos del Éxodo. Este pasaje parece tanto más antiguo y auténtico cuanto que nos muestra el lado débil de Moisés, su tendencia al orgullo sacerdotal y a la tiranía teocrática, reprimida por su iniciador etíope. Dice así:

“Al siguiente día, cuando Moisés juzgaba al pueblo, y el pueblo estaba ante Moisés desde la mañana a la noche. “Habiendo visto el suegro de Moisés todo lo que ordenaba al pueblo, le dijo: ¿Qué haces al pueblo?.”

¿De dónde viene que tú solo estás sentado y el pueblo está ante ti desde la mañana a la noche?. “Y Moisés respondió a su suegro: Es que el pueblo viene a mí para preguntarme sobre Dios. “Cuando tienen algún litigio, vienen a mí; entonces yo juzgo entre uno y otro, y les hago oír las leyes de Dios. “Pero el suegro de Moisés le dijo: No haces bien. Ciertamente sucumbirás tú y también el pueblo que contigo está; porque eso es demasiado pesado para ti y no podrás hacerlo tú solo.

“Escucha pues mi consejo; yo te aconsejaré y Dios estará contigo. Sé para el pueblo un enviado de Dios y lleva las causas ante Dios”.

“Instrúyeles en las ordenanzas y las leyes, y hazles escuchar la voz a la que deben obedecer y lo que tienen que ejecutar”.

“Elige de entre todo el pueblo hombres virtuosos, temerosos de Dios, hombres verdaderos que odian la ganancia deshonrosa, y establece sobre ellos jefes de millares, jefes de centenas, de cincuenta y de diez”.

“Y que ellos juzguen al pueblo en todo tiempo; pero que te lleven todos los asuntos grandes y que juzguen las causas pequeñas. Así aliviarán tu trabajo y llevarán contigo una parte de la carga”.

“Si haces esto, y Dios te lo manda, podrás subsistir y todo el pueblo llegará felizmente a su destino”.

“Moisés obedeció a la palabra de su suegro, e hizo todo lo que él había dicho”. (*Éxodo XVIII, 13-24. La importancia de este pasaje, desde el punto de vista de la constitución social, ha sido justamente señalada por M. Saint-Ives en su hermoso libro: La Mission des Júifa*).

Se deduce de este pasaje que en la constitución de Israel, establecida por Moisés, el poder ejecutivo era considerado como una emanación del poder judicial y estaba bajo la autoridad sacerdotal.

Tal fue el gobierno legado por Moisés a sus sucesores, siguiendo el sabio consejo de Jetro. Siempre fue el mismo bajo los jueces, desde Josué a Samuel, hasta la usurpación de Saúl. Bajo los Reyes, el sacerdocio deprimido comenzó a perder la verdadera tradición de Moisés, que sólo sobrevivió en los profetas.

Como ya hemos dicho, Moisés no fue un patriota, sino un domador de pueblos que tenía por designio los destinos de la humanidad entera. Israel sólo era un medio; la religión universal era su objetivo, y sobre aquellos grupos nómadas su pensamiento iba a los tiempos futuros. Desde la salida de Egipto hasta la muerte de Moisés, la historia de Israel sólo fue un largo duelo entre el profeta y su pueblo.

Moisés condujo al principio las tribus israelitas al Sinaí, por el árido

desierto, ante la montaña consagrada a Aelohim por todos los semitas, donde había tenido su revelación. Allí donde el Genio se había apoderado del profeta, el profeta quiso apoderarse de su pueblo e imprimirle en la frente el sello de Ievé: los diez mandamientos, poderoso resumen de la ley moral y complemento de la verdad trascendente encerrada en el libro hermético del arca.

Nada más trágico que aquel primer diálogo entre el profeta y su pueblo. Allí ocurrieron escenas extrañas, sangrientas, terribles, que dejaron como la huella de un hierro al rojo en la carne mortificada de Israel. Bajo las amplificaciones de la leyenda bíblica, se adivina la verdad posible de los hechos.

Los hombres escogidos de las tribus están acampados en la meseta de Pharán, a la entrada de una garganta abrupta que conduce a las rocas del Serbal. La cabeza amenazadora del Sinaí domina aquel terreno pedregoso, volcánico. Ante toda la asamblea, Moisés anuncia solemnemente que va a ir a la montaña para consultar a Aelohim y que traerá la ley escrita sobre una tabla de piedra. Ordena al pueblo que vele y ayune, que le espere en la castidad y la oración. Deja el arca portátil, cubierta por la tienda del tabernáculo, bajo la guarda de los setenta Ancianos. Luego desaparece por el desfiladero, no llevando consigo más que a su fiel discípulo Josué.

Pasan días; Moisés no vuelve. El pueblo se inquieta al pronto, luego murmura: “¿Por qué habernos traído a este horrible desierto y habernos expuesto a las flechas de los Amalecitas?. Moisés nos ha prometido conducirnos al país de Canaán donde fluye la leche y la miel, y he aquí que morimos en el desierto. Más valía la servidumbre en Egipto que esta vida miserable. ¡Ojalá tuviésemos aún los platos de carne que comíamos allá!. Si el Dios de Moisés es el verdadero Dios, que lo pruebe, que todos sus enemigos queden dispersados y que entremos en el acto en el país de promisión”. Esos murmullos engruesan; los Israelitas se amotinan y los jefes toman parte en la revuelta.

Y he aquí que viene un grupo de mujeres que cuchichean y murmuran entre sí. Son las hijas de Moab, de piel negra, cuerpos flexibles, formas opulentas, concubinas o siervas de algunos jefes Edomitas asociados a Israel. Recuerdan ellas haber sido sacerdotisas de Astaroth y haber celebrado las orgías de la diosa en los bosques sagrados del país natal. Ellas sienten que ha llegado la hora de reconquistar su imperio. Vienen adornadas con oro y trajes vistosos, con la sonrisa en los labios, como una multitud de hermosas serpientes que salieran de tierra haciendo lucir al sol sus formas ondulantes

de reflejos metálicos. Se mezclan con los rebeldes, les miran con sus ojos relucientes, les abrazan, hacen sonar sus anillos de cobre, les seducen con sus lenguas zalameras: “¿Quién es, después de todo, aquel sacerdote de Egipto y su Dios?. Habrá muerto en el Sinaí. Los Refaim le habrán arrojado a un abismo. No es él quien conducirá las tribus al Canaán. Que los hijos de Israel invoquen a los dioses de Moab: Belphegor y Astaroth. ¡Ésos son dioses que se pueden ver, y que hacen milagros!. Ellos les conducirán al país de Canaán”. Los revoltosos escuchan a las mujeres moabitas, se excitan unos a otros y este grito parte de la multitud: “Aarón, haznos dioses que marchen ante nosotros, porque nada sabemos de Moisés, el que nos sacó de la tierra de Egipto”. Aarón trata en vano de calmar a la multitud. Las hijas de Moab llaman a los sacerdotes fenicios llegados con una caravana. Éstos traen una estatua de Astaroth de madera y la elevan sobre un altar de piedra. Los rebeldes obligan a Aarón, bajo amenaza de muerte, a fundir el becerro de oro, una de las formas de Belphegor. Se sacrifican toros y machos cabríos a los dioses extranjeros, se dedican a beber, a comer, y las danzas lascivas, dirigidas por las hijas de Moab, comienzan alrededor de los ídolos, al son de las zambombas, de los kinnors y de los panderos agitados por las mujeres.

Los setenta Ancianos, elegidos por Moisés para la custodia del arca, han tratado en vano de detener aquel desorden con sus amonestaciones. Ahora se sientan en tierra con la cabeza cubierta de ceniza. Agrupados alrededor del tabernáculo del arca, oyen con consternación los gritos salvajes, los cantos voluptuosos, las invocaciones a los dioses malditos, demonios de lujuria y de crueldad. Ven con horror a aquel pueblo desenfrenado y rebelado contra su Dios. ¿Qué va a ser del Arca, del Libro y de Israel, si Moisés no vuelve?.

Moisés vuelve. De su gran recogimiento, de su soledad en el monte de Aelohim, trae la Ley sobre tabletas de piedra. *(En la antigüedad, las cosas escritas sobre la piedra pasaban por ser las más sagradas. El hierofante de Eleusis leía a los iniciados, en tablas de piedra, cosas que juraban no decir a nadie y no se encontraban escritas en parte alguna)*. Llegado al campo, ve las danzas, la bacanal de su pueblo ante los ídolos de Astaroth y de Belphegor. A la vista del sacerdote de Osiris, del profeta de Aelohim, las danzas cesan, los sacerdotes extranjeros huyen, los rebeldes vacilan. La cólera hierve en Moisés como un fuego devorador. Rompe las tablas de piedra, y se ve que aniquilaría a todo su pueblo y que Dios está en él.

Israel tiembla, pero los rebeldes lanzan miradas de odio disimuladas bajo el miedo. Una palabra, un gesto de vacilación de parte del jefe profeta, y la hidra de la anarquía idolatra va a elevar contra él sus mil

cabezas y barrer, bajo una granizada de piedras, al arca santa, al profeta y a su idea. Pero Moisés está allí y tras él los poderes invisibles que le protegen. Comprende que es preciso, ante todo, temprar el alma de los setenta elegidos, elevarlos a su propia altura y por ellos a todo el pueblo. Él invoca a Aelohim-Ievé, el Espíritu masculino, el Fuego Principio del fondo de sí mismo y del fondo del cielo.

— ¡A mí los setenta! — exclama Moisés —. Que tomen el arca y suban conmigo a la montaña de Dios. En cuanto a este pueblo, que espere y tiemble. Voy a traerle la sentencia de Aelohim.

Los levitas sacan de bajo de la tienda el arca de oro envuelta en sus velos, y el cortejo de los setenta desaparece con el profeta en los desfiladeros del Sinaí. No se sabe quién tiembla más, si los levitas por lo que van a ver, o el pueblo por el castigo que Moisés deja suspendido sobre su cabeza como una espada invisible.

¡Ah, si se pudiera escapar de las manos terribles de aquel sacerdote de Osiris, de aquel profeta de desdicha!, dicen los rebeldes. Y apresuradamente la mitad del campo pliega las tiendas, ensilla los camellos y se prepara a huir. Mas he aquí que un crepúsculo extraño, un velo de polvo se extiende sobre el cielo; una brisa dura sopla del mar Rojo, el desierto toma un color rojizo y lívido, y detrás del Sinaí se amontonan gruesos nubarrones. Por fin, el cielo se ennegrece. El huracán trae torbellinos de arena y los relámpagos hacen estallar en torrentes de lluvia las nubes que envuelven el Sinaí. Pronto el rayo reluce y su voz, repercutida por todas las gargantas del macizo, estalla sobre el campo en detonaciones sucesivas con un estruendo espantoso. El pueblo no vacila en que aquello se debe a la cólera de Aelohim invocada por Moisés. Las hijas de Moab han desaparecido. Los ídolos son derribados, los jefes se prosternan, los niños y las mujeres se esconden bajo el vientre de los camellos. Esto dura toda una noche, todo un día. El rayo ha caído en las tiendas, ha matado hombres y animales y el trueno retumba continuamente.

Hacia el oscurecer la tempestad se calma, las nubes humean aún sobre el Sinaí y el cielo continúa negro. Mas he aquí que a la entrada del campamento reaparecen los setenta, Moisés en cabeza. Y en el vago resplandor del crepúsculo, el semblante del profeta y el de sus elegidos irradia con luz sobrenatural, como si trajeran sobre su cara el reflejo de una visión luminosa y sublime. Sobre el arca de oro, sobre los querubines con alas de fuego, oscila un resplandor eléctrico, como una columna fosforescente. Ante aquel espectáculo extraordinario, los Ancianos y el pueblo, hombres y mujeres se prosternan a distancia.

— Que los que estén por el Eterno, vengan a mí — exclama Moisés.

Las tres cuartas partes de los jefes de Israel se agrupan alrededor de Moisés, los rebeldes continúan escondidos bajo sus tiendas. Entonces el profeta avanza y ordena a sus fieles que pasen a cuchillo a los instigadores del motín y a las sacerdotisas de Astaroth, a fin de que Israel tiemble para siempre ante Aelohim, que se acuerde de la ley del Sinaí y de su primer mandamiento: “Yo soy el Eterno, tu Dios que te ha sacado del país de Egipto, de la tierra de servidumbre. Tú no tendrás otro Dios ante mi faz. No construirás imágenes ni semejanza alguna de las cosas que están arriba en los cielos, ni en las aguas, ni bajo tierra”.

Por esta mezcla de terror y de misterio, Moisés impuso su ley y su culto a su pueblo. Era preciso imprimir la idea de Ievé en letras de fuego sobre su alma, y sin aquellas medidas implacables el monoteísmo no hubiera jamás triunfado del politeísmo invasor de la Fenicia y de Babilonia.

Pero ¿Qué es lo que habían visto los setenta en el Sinaí?. El Deuteronomio (XXXIII, 2) habla de una visión colosal, de millares de santos aparecidos en medio de la tempestad sobre el Sinaí, en la luz de Ievé. ¿Vinieron los sabios del antiguo ciclo, los antiguos iniciados de los Arios, de la India, de Persia y de Egipto, todos los nobles hijos del Asia, para proteger a Moisés en su obra y ejercer una presión decisiva sobre la conciencia de sus asociados?. Las potencias espirituales que velan sobre la humanidad, siempre están presentes, pero el velo que de ellas nos separa no se desgarrará más que en las grandes horas y para raros elegidos. Sea de ello lo que quiera, Moisés hizo pasar a los setenta el fuego divino y la energía de su propia voluntad. Ellos fueron el primer templo, antes que el de Salomón: el templo viviente, el templo en marcha, el corazón de Israel, luz real de Dios.

Por medio de las escenas del Sinaí, por la ejecución en masa de los rebeldes, Moisés adquirió autoridad sobre los Semitas nómadas que mantenía bajo su mano de hierro. Pero análogas escenas, seguidas de nuevas represiones por la fuerza, tuvieron que reproducirse durante las marchas y las contramarchas hacia el país de Canaán. Como Mahoma, Moisés tuvo que desplegar a la vez el genio de un profeta, de un hombre de guerra y de un organizador social. Tuvo él que luchar contra los desfallecimientos, las calumnias, las conspiraciones. Después del tumulto popular, tuvo que abatir el orgullo de los sacerdotes-levitas que querían igualar su papel al suyo, darse como él por inspirados directos de Ievé. También tuvo que combatir las conspiraciones más peligrosas de algunos jefes ambiciosos, como Coré, Datan y Abiram, que fomentaban la insurrección popular para derribar al profeta

y proclamar un rey, como lo harán más tarde los Israelitas con Saúl, a pesar de la resistencia de Samuel. En aquella lucha, Moisés tiene alternativas de indignación y de piedad, ternuras de padre y rugidos de león, contra el pueblo que se agita bajo la presión de su espíritu, y que a pesar de todo la sufrirá. De ello encontramos un eco en los diálogos que la narración bíblica relata entre el profeta y su Dios, diálogos que parecen revelar lo que pasaba en el fondo de su conciencia.

En el Pentateuco, Moisés triunfa de todos los obstáculos por los más inverosímiles milagros; Jehovah, concebido como un Dios personal, está siempre a su disposición. Él aparece sobre el tabernáculo como una nube brillante que se llama la gloria del Señor. Sólo Moisés puede entrar allí; los profanos que se aproximan son heridos de muerte. El tabernáculo que contiene el arca, juega en la narración bíblica el papel de una gigantesca batería eléctrica que, una vez cargada con el fuego de Jehovah, aniquila masas humanas. Los hijos de Aarón, los doscientos cincuenta adeptos de Coré y de Datan y catorce mil hombres del pueblo (?) mueren de este modo. Además Moisés provoca a hora fija un temblor de tierra, que engulló a los tres jefes rebeldes con sus tiendas y sus familias. Este último relato es de una poesía terrible y grandiosa. Pero está lleno de tal exageración, de un carácter tan visiblemente legendario, que sería pueril discutir su realidad. Lo que ante todo da un carácter exótico a estas narraciones, es el papel de Dios irascible y cambiante que en todas ellas juega Jehovah. Siempre está preparado para fulminar y destruir, mientras que Moisés representa la misericordia y la prudencia. Una concepción tan contradictoria de la divinidad, no es menos extraña a la conciencia de un iniciado de Osiris que a la de un Jesús.

Y sin embargo, esas colosales exageraciones parecen proceder de ciertos fenómenos debidos a los poderes mágicos de Moisés y que tienen sus análogos en la tradición de los templos antiguos. Éste es el lugar de decir qué es lo que puede creerse de los llamados milagros de Moisés desde el punto de vista de una teosofía racional y de los puntos elucidados de la ciencia oculta. La producción de fenómenos eléctricos bajo diversas formas por la voluntad de poderosos iniciados, no es únicamente atribuida a Moisés por la Antigüedad. La tradición caldea la atribuía a los magos, la tradición griega y latina a ciertos sacerdotes de Júpiter y de Apolo. En casos parecidos, los fenómenos son efectivamente del orden eléctrico. Pero la electricidad de la atmósfera terrestre debía ser puesta en movimiento por una fuerza más sutil y más universal difundida por todas partes, que los grandes adeptos sabían atraer, concentrar y proyectar. *(Por dos veces un asalto al templo de Delfos fue*

*rechazado en condiciones parecidas a las que aparecen en los milagros de Moisés. En 480 (A. de J. C), las tropas de Jerjes lo atacaron y retrocedieron espantadas ante una tempestad, acompañada de llamas que salían del suelo, y de la caída de grandes bloques de roca. (Herodoto). — En 279 (A. de J. C), el templo fue de nuevo atacado por una invasión de Galls o Kimris. Delfos sólo estaba defendido por una pequeña tropa de Focenses. Los bárbaros dieron el asalto; en el momento en que iban a penetrar en el templo, una tempestad estalla y los Focenses rechazaron a los Galls. (Véase la hermosa narración en L'Histoire des Gaulois, de Amadeo Thierry, libro II).* Esta fuerza es llamada *akásha* por los brahmanes, *fuego principio* por los magos de Caldea, *gran agente mágico* por los Cabalistas de la Edad Media. Desde el punto de vista de la ciencia moderna, se la puede llamar *fuerza etérea*. Se puede bien atraerla directamente, bien evocarla por intermedio de agentes invisibles, conscientes o semiconscientes, que pululan en la atmósfera terrestre y que la voluntad de los magos sabe dominar. Esta teoría nada tiene de contrario a una concepción racional del universo, y aun es indispensable para explicar una multitud de fenómenos, que sin ella serían incomprensibles. Es preciso añadir, únicamente, que estos fenómenos están regidos por leyes inmutables y siempre proporcionadas a la fuerza intelectual, moral y magnética del adepto.

Una cosa antirrational y antifilosófica sería el poner en movimiento la causa primera, Dios, por un ser cualquiera, o la acción inmediata de esta causa por él, lo que vendría a ser una identificación del individuo con Dios. El hombre no se eleva a él, más que relativamente por el pensamiento o por la oración, por la acción o por el éxtasis. Dios sólo ejerce su acción en el universo indirecta y jerárquicamente por medio de las leyes universales e inmutables que expresan su pensamiento, como a través de los miembros de humanidad terrestre y divina que le representan parcial y proporcionalmente en lo infinito del espacio y del tiempo.

Sentados esos puntos, creemos perfectamente posible que Moisés, sostenido por los poderes espirituales que le protegían y manejando la fuerza etérea con una ciencia consumada, haya podido servirse del arca como de una especie de receptáculo, de acumulador atractivo para la producción de fenómenos eléctricos de una potencia tremenda. Él se aislaba con sus sacerdotes y confidentes por medio de vestiduras de lino y perfumes que le protegían de las descargas del fuego etéreo. Pero esos fenómenos debieron ser raros y limitados. La leyenda sacerdotal los exageró. Debíó bastar a Moisés herir de muerte a algunos jefes rebeldes o a algunos levitas desobedientes por

una producción de fluido, para aterrorizar y castigar todo el pueblo.

## VI LA MUERTE DE MOISÉS

Cuando Moisés hubo conducido a su pueblo hasta la entrada de Canaán, sintió que su obra se había cumplido. ¿Qué era Ievé-Aelohim para el Vidente del Sinaí?. El orden divino visto desde la altura, a través de todas las esferas del universo y realizado sobre la tierra visible a imagen de las jerarquías celestes y de la eterna verdad. No, no había contemplado en vano la faz del Eterno, que se refleja en todos los mundos. El Libro estaba en el Arca, y el Arca guardada por un pueblo fuerte, templo viviente del Señor. El culto del Dios único estaba fundado sobre la tierra; el nombre de Ievé brillaba en letras resplandecientes en la conciencia de Israel; los siglos podían lanzar sus ondas sobre el alma cambiante de la humanidad, que ya no borrarían el nombre del Eterno.

Habiendo comprendido Moisés todas estas cosas, invocó al Ángel de la Muerte. Impuso las manos a su sucesor, Josué, ante el Tabernáculo, a fin de que el Espíritu de Dios pasase a él; luego bendijo a toda la humanidad a través de las doce tribus de Israel y subió al monte Nebo, seguido solamente de Josué y de los levitas. Ya Aarón había sido “recogido hacia sus padres”; la profetisa María había seguido el mismo camino. Había llegado la vez a Moisés.

¿Cuáles fueron los pensamientos del profeta centenario, cuando vio desaparecer el campo de Israel y subió a la gran soledad de Aelohim?. ¿Qué es lo que experimentó paseando su mirada sobre la tierra prometida, del Galaad a Jericó, la ciudad de las palmeras?. Un verdadero poeta (*Alfredo de Vigny*), pintando de mano maestra aquella situación de alma, le hace lanzar este grito:

***¡Oh, Señor, he vivido poderoso y solitario!  
¡Dejadme ahora dormir el sueño de la tierra!.***

Estos versos dicen más sobre el alma de Moisés que los comentarios de un centenar de teólogos. Aquella alma semeja a la gran pirámide de Giseh, maciza, desnuda y cerrada al exterior; pero que encierra en su interior los grandes misterios y lleva en su centro un sarcófago, llamado por los iniciados

---

el sarcófago de la resurrección. Desde allí, por un pasadizo oblicuo, se veía la estrella polar. De este modo aquel espíritu impenetrable veía desde su centro la finalidad de las cosas.

Sí, todos los poderosos han conocido la soledad que crea la grandeza; pero Moisés se encontró más sólo que los otros, porque su principio fue más absoluto, más trascendente. Su Dios fue el principio viril por excelencia, el Espíritu puro. Para inculcarlo a los hombres tuvo que declarar la guerra al principio femenino, a la diosa Natura, a Hevé, a la Mujer eterna que vive en el alma de la Tierra y en el corazón del Hombre. Tuvo que combatirla sin tregua y sin merced, no para destruirla, sino para someterla y dominarla. ¿Qué hay de asombro en que la Naturaleza y la Mujer, entre quienes reina un pacto misterioso, temblasen ante él?. ¿Por qué admirarse de que se regocijasen de su partida y esperasen para levantar la cabeza a que la sombra de Moisés hubiera cesado de lanzar sobre ellas el presentimiento de la muerte?. Tales fueron sin duda los pensamientos del Vidente, mientras subía al estéril monte Nebo. Los hombres no podían amarle, porque él sólo había amado a Dios. ¿Viviría al menos su obra?. ¿Sería su pueblo siempre fiel a su misión?. ¡Oh, fatal clarividencia de los moribundos, don trágico de los profetas, que levanta todos los velos en la última hora!. A medida que el espíritu de Moisés se desligaba de la tierra, veía la terrible realidad del porvenir; él vio las traiciones de Israel; la anarquía levantando la cabeza; los Reyes sucediendo a los Jueces; los crímenes de los Reyes manchando el templo del Señor, su libro mutilado, incomprendido, su pensamiento escondido, disfrazado, rebajado por sacerdotes ignorantes o hipócritas; las apostasías de los Reyes; el adulterio de Judá con las naciones idólatras; la pura tradición, la doctrina sagrada ahogadas y los profetas, poseedores del verbo viviente, perseguidos hasta el fondo del desierto.

Sentado en una caverna del monte Nebo; Moisés vio todo esto en sí mismo. Pero ya la muerte extendía sus alas sobre su frente y posaba su mano fría sobre su corazón. Entonces aquel corazón de león trató de surgir una vez más. Irritado contra su pueblo, Moisés evocó la venganza de Aelohim sobre la raza de Judá, y elevó su pesado brazo. Josué y los levitas que le asistían oyeron con espanto estas palabras salir de la boca del moribundo profeta: “Israel ha traicionado a su Dios, ¡sea él dispersado a los cuatro vientos del cielo!”.

Entre tanto, Josué y los levitas miraban con terror a su maestro que no daba ya signo de vida. Su última palabra había sido una maldición. ¿Había lanzado con ella el último suspiro?. Pero Moisés abrió los ojos por

última vez y dijo: “Volved a Israel. Cuando el tiempo llegue, el Eterno os enviará un profeta como yo entre vuestros hermanos y pondrá su verbo en su boca y ese profeta os dirá lo que el Eterno le haya ordenado.

“Y a quien no escuche las palabras que os diga, el Eterno le pedirá cuentas”. (Deuteronomio XVIII, 18, 19).

Después de estas palabras proféticas, Moisés entregó el espíritu. El Ángel solar de la espada de fuego, que antes le había aparecido en el Sinaí, le esperaba. Él le arrastró al seno profundo de la Isis celeste, a las ondas de esa luz que es la Esposa de Dios. Lejos de las regiones terrestres, atravesaron círculos de almas de creciente esplendor. Por fin, el Ángel del Señor le mostró un espíritu de maravillosa belleza y de una dulzura celeste, pero de tal radiación y de claridad tan fulgurante, que la suya propia no era más que una sombra al lado de ella. No llevaba él la espada del castigo, sino la palma del sacrificio y de la Victoria. Moisés comprendió que aquél terminaría su obra y conduciría a los hombres hacia el Padre, por el poder del Eterno-Femenino, por la Gracia divina y por el Amor perfecto.

Entonces el Legislador se prosternó ante el Redentor, y Moisés adoró a Jesucristo.